

*Arturo Oropeza García**

El Acuerdo de Asociación Transpacífico: ¿bisagra o confrontación entre el Atlántico y el Pacífico?

SUMARIO: I. Introducción. II. ¿Pacífico o Atlántico?, he ahí el dilema. III. El Águila o el Dragón: un nuevo dilema. IV. Fortalezas e integración de Asia del este-Asia pacífico. V. El TPP: ¿bisagra o confrontación entre China y Estados Unidos? VI. Conclusiones. VII. Bibliografía

I. Introducción

A diferencia de esquemas anteriores como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), El tratado de Libre Comercio entre Europa y México (TLCUEM), el Tratado de Libre Comercio de México con los países de América Central (2001); o de cualquier otro de los doce tratados que ha firmado México a partir de 1994, el Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP)**, se presenta como una propuesta totalmente diferente, en el sentido de que más allá de su contenido jurídico-comercial, su planteamiento, los posibles países firmantes; pero sobre todo, la competencia global en la que se ve inmerso, lo alejan de experiencias comerciales anteriores y lo enfrentan a un reto histórico que demanda múltiples análisis e interpretaciones que expliquen a los diversos actores interesados en el

* Doctor en Derecho e Investigador del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Arbitro No-Nacional por parte de Brasil dentro del mecanismo de Solución de Controversias del MERCOSUR. Autor de diversas obras sobre Derecho Económico e Integración Económica.

** El TPP ha venido recibiendo diversas traducciones de parte de los diferentes actores económicos. Para los efectos de este trabajo se tomará la traducción utilizada por la Secretaría de Economía en su informe al senado mexicano en noviembre de 2012.

tema, de las consecuencias que conlleva una propuesta norteamericana que dista mucho de ser tan solo una invitación a participar en un tratado de Libre Comercio (TLC) junto con otras once naciones de Asia del este*** y de América.

Como una Matrioska Rusa, la gestión norteamericana (E.U.) para integrar el TPP; conforme se va analizando, poco a poco va dejando atrás sus diferentes capas hasta arribar a un punto de confusión donde se pierden las verdaderas intenciones de E.U. de colocar en el patio central de la República Popular China una estrategia de integración comercial en donde participan siete naciones asiáticas, sin que a la fecha se le haya corrido a China la invitación correspondiente.

¿Estamos frente a una confrontación comercial entre China y Estados Unidos? ¿Son las primeras expresiones dentro de una zona comercial deshabilitada entre Asia y América? ¿Es la respuesta de Estados Unidos a la penetración China en América Latina? ¿Es la lucha de Occidente frente a Asia del este por preservar la hegemonía económica? ¿Es una confrontación de países o de civilizaciones? ¿Es la estrategia de Estados Unidos para destrabar a la Organización Mundial del Comercio (OMC) que quedó congelada desde la Ronda de Doha en 2001? ¿Es una nueva embestida de E.U. para ampliar la protección de sus grupos económicos en materia farmacéutica y tecnologías de la información? ¿Es el término de una política autista respecto al heterodoxo dinamismo chino? ó ¿es la renovación y ampliación del TLCAN ante la pasiva mirada de México? Estas y muchas otras preguntas se derivan de la decisión que tomó E.U. en 2009 de “expropiar” los modestos trabajos de cuatro países (Pacific Four) que en 2005 decidieron poblar la zona transpacífica mediante un Tratado de Libre Comercio (TLC), que sin muchas pretensiones inició sus trabajos en 2006 con la participación de Brunei (400 mil habs.), Chile (16.4 millones de habs.), Nueva Zelandia (4.3 millones habs.) y Singapur (5.3 millones habs.), con una integración de 26.4 millones de personas y 664 mil millones de dls en cuanto a su PIB económico (2012); o sea, menos de la cuarta parte de la población de México y el 50% aproximadamente de su Producto Interno Bruto (PIB). Que fue lo que llevó a Estados Unidos a apropiarse del Pacific Four y decidir encabezar sus operaciones a partir de 2010, desplazándose de

***Dados los diferentes criterios que se utilizan para establecer la composición de los países que pertenecen tanto al concepto Asia del este como de Asia pacífico; con base a la naturaleza de cada país y al orden más aceptado a la fecha, en este trabajo por Asia pacífico se entenderán los 10 países que integran la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), (Myanmar, Laos, Tailandia, Vietnam, Camboya, Malasia, Indonesia, Singapur, Filipinas y Brunei). Y por Asia del este se comprenderán tanto las naciones pertenecientes a ASEAN, como a Japón, Corea del Norte, Corea del Sur, Taiwán, China, India y Rusia (En cuanto a Australia y a Nueva Zelandia, para los efectos del TPP, también se estimaran como parte de Asia del este).

su centro asiático ubicado desde 1989 en el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), y lanzar “la negociación comercial plurilateral más relevante y ambiciosa a nivel internacional” (Secretaría de Economía, 2012). Como lo apuntamos anteriormente, la respuesta de ningún modo es fácil y muy probablemente no exista una sola respuesta, sino que en el marco de la gran transformación económica global que vivimos sean muchas las respuestas que respondan a esta intencionalidad norteamericana de preservar su poder económico y su hegemonía mundial en esta primera mitad del siglo XXI, frente a un liderazgo que hoy es amenazado muy de cerca por el “milagro chino”.

Por ello, el análisis del Acuerdo de Asociación Transpacífico no puede limitarse, por importante que parezca, tan solo al estudio jurídico del contenido del Tratado, porque hacerlo así sería un acto de enorme irresponsabilidad dadas las relevantes implicaciones que guarda la propuesta en el marco del inicio de un siglo donde se disputa no sólo el liderazgo económico-político del mundo, sino su propia viabilidad.

Por lo anterior, este breve ensayo intentara abordar algunas líneas de acercamiento sobre el tema, con la idea de que esta aportación pueda sumarse a las diferentes opiniones que seguramente se estarán generando conforme se vaya formalizando el proceso de su integración en 2014.

II. ¿Pacífico o Atlántico?, he ahí el dilema

Se nos viene anunciando desde hace tiempo que nos encontramos dentro de una etapa de cambio económico-político que transita lenta, pero inexorablemente de la Era del Atlántico a la Era del Pacífico, con todas las consecuencias que ello implica. No resulta entonces exagerado señalar que desde finales del siglo XX y el avance del siglo XXI, asistimos a un cambio histórico donde todos los días se dirime no solo la supremacía económica de diversos países occidentales frente a un sinnúmero de economías asiáticas; sino de manera relevante, somos testigos de la competencia entre diversas naciones que confrontan el liderazgo de la sociedad global del siglo XXI.

Hace poco tiempo todavía al mundo le quedaba claro que habitaba dentro de una época donde los últimos 500 años había prevalecido una cultura y una civilización occidental, que durante cinco siglos se impuso progresivamente en lo militar, en lo económico y en lo político, al resto de los países y civilizaciones del mundo; al grado de que todavía en 1989 se creía que ante el fin de una historia de

civilizaciones, el resto del mundo debía prepararse para homologar la cultura política (democracia) y económica (libre mercado) de la época, a fin de ser parte de una historia final que no tendría cambios. A 24 años de esta propuesta, hoy ya nadie está seguro de si este siglo será de Estados Unidos o de China; de Occidente o de Asia del este, o de alguna nueva propuesta que surja de la profunda dinámica que vive un mundo en permanente cambio.

Ver el constante fortalecimiento de Asia del este como un tema meramente económico, es dejar de escuchar la voz de los propios actores asiáticos que señalan con claridad que lo que está en juego en esta competencia no es solo la supremacía económica, sino que nos cuentan con detalle que atrás de este dinamismo aparece toda una reivindicación histórica que busca recuperar un papel protagónico perdido en el tiempo; peor aún, arrebatado por Occidente; al cual se trata de acceder nuevamente a través del éxito económico-político del presente y la fuerza de su biografía. Al respecto nos comenta Mahbubani “Entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del este de Asia ha llegado, aún si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse...” “Habiendo despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanudación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente” (Mahbubani, 2002). Mahbubani es un académico respetado por la comunidad internacional; singapurense de origen hindú, y su discurso de reivindicación no nos habla de Singapur o de India, o de China; nos habla con toda claridad de la “inteligencia asiática”; de que “el día del este de Asia ha llegado”. Al tocar el tema del TPP, no tenemos más que creerle a este importante vocero asiático en cuanto a los términos de la intención de la zona; si alguna duda hubiera sobre esta visión abunda Mahbubani:

“El siglo XXI atestiguará el enfrentamiento entre el “ímpetu del Atlántico” y el “ímpetu del Pacífico”. El primero ha determinado el curso de la historia mundial en las últimas centurias. Si mis suposiciones son correctas y el ímpetu del Pacífico desplaza al del Atlántico, los analistas estratégicos eurocéntricos tendrán que replantear sus conceptos y respuestas para comprender el flujo futuro de la historia.

El siglo XXI se distinguirá por el hecho de que el este de Asia se alzará como centro mundial de poder, junto con Europa (la cual lo ha sido desde hace varias centurias) y América del Norte (desde el siglo XX). Europa fijó hace siglos el curso de la historia: colonizó la mayor parte del mundo, suplantó a otros imperios y sociedades (como China, Japón y el mundo islámico) y, mediante la inmigración, ocupó espacios relativamente vacíos (América del Norte y Australia). Las dos guerras mundiales del siglo XX, e incluso la guerra fría que las sucedió, fueron en esencia pugnas paneuropeas. El este de Asia ha ejercido, en cambio, escaso impacto con el resto del mundo.

Sería riesgoso tanto para Europa como para la humanidad entera que los analistas fueran incapaces de liberarse de concepciones eurocéntricas del mundo. Al igual que las demás partes del orbe que gozaron de esplendor en otras épocas, Europa esta exhausta. Ha llegado la hora de que otras regiones contribuyan tanto como ella al progreso mundial”(Mahbubani, 2002, pág. 143).

Huntington, desde una visión occidental describe secamente, “Las sociedades no occidentales, particularmente en el este de Asia, están desarrollando su riqueza económica y sentando las bases de un poderío militar y una influencia política mayores”(Huntington P., 2001, pág. 22). “La era que comenzó con las intrusiones occidentales en 1840 y 1850 está tocando a su fin, China está volviendo a asumir su lugar como potencia hegemónica regional, y Oriente está tomando posesión de lo suyo”(Huntington P., 2001, pág. 285).

Tanto en Asia como en Occidente va creciendo la idea de un traspaso de civilizaciones que involucra, por un lado, el progresivo debilitamiento y desgaste de la civilización Occidental; y por el otro, a contraflujo, un continuo robustecimiento económico y político de Asia del este. En este nuevo marco global, en Occidente se vive la duda y la zozobra de que esta tendencia se siga ratificando conforme avanza su problemática económica; se prolongue su falta de rumbo político y se profundice su desgaste social. En cuanto al este asiático, ya un buen número de las cinco civilizaciones que lo habitan (japonesa, rusa, china, india y musulmana) y de los 17 países que lo integran, ya festinan parte de un triunfo que aún no se consolida, pero que igual lo toman como la vuelta de un pasado brillante del que señala Huntington “Los doscientos años de – fugaz paréntesis-occidental en la economía mundial habrán acabado” (Huntington P., 2001, pág. 103).

¿En verdad asistimos a un traspaso histórico de civilizaciones y hegemonías de países entre Occidente y el este asiático?. ¿Es relevante que lo sepamos?. ¿En términos políticos, económicos y comerciales se genera un impacto hacia América Latina, y en nuestro caso, hacia México?. Más allá de las posibles respuestas, nunca será útil y grato ser pieza de ajedrez y no saber en qué tablero se está jugando.

Lo que resulta innegable a la luz del éxito económico-político alcanzado por Asia del este los últimos cincuenta años, y el correspondiente adelgazamiento padecido por la mayoría de los países occidentales en el mismo periodo, es que estamos frente a un cambio global de importantes consecuencias que los diversos líderes y académicos asiáticos (Mahbubani, Mishra, Risa, Yan Fu, Tagore, etc.) lo interpretan con resentimiento, como el regreso de una etapa de oro que les fue quitada por el éxito occidental; por las fuerzas beligerantes de múltiples hegemones occidentales que desde el siglo xv se fueron apoderando poco a po-

co de la abundancia asiática. ¿Esto es así? ¿Hay una etapa dorada que recuperar?. El pasado es una visión que pertenece a la esfera de la percepción de cada país; sin embargo, lo que sí es demostrable es que la India fue el líder económico del mundo moderno los primeros mil años de la nueva era, y que China le substituyó en el liderazgo los siguientes 820 años; para cubrirse por los dos países una hegemonía económica asiática en el mundo por casi dos milenios; de ahí la idea del “fugaz paréntesis” occidental del que nos habla Huntington.

Tabla 1
PIB Mundial (Miles de millones de dlls.)

Pais	1	1000	1500	1820	1850	1870	1913	1950	2008
India	33.8	33.8	60.5	111.4	125.7	134.9	204.2	222.2	3415
China	26.8	27.5	61.8	228.6	247.2	189.7	241.4	245.0	8908
Occid.	14.4	10.9	44.2	158.9	260.3	366.2	902.1	1396	8698
EE.UU.	-	-	-	12.5	42.6	98.4	517.4	1455	9485

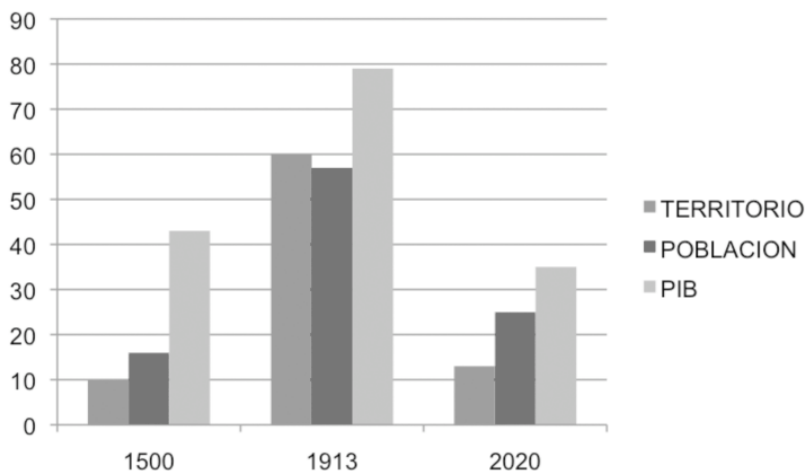
El ocaso del occidentalismo clásico en Grecia y el desmoronamiento del imperio romano en el siglo v d.c., contrastan con el florecimiento de las civilizaciones india y china a partir del siglo I, las cuales dominaron el avance económico, cultural, demográfico, científico y político de los primeros 18 siglos de nuestra era. A través de un desarrollo con múltiples encuentros y desencuentros, China, por medio de la sustentabilidad de sus dinastías; e India con un éxito económico enmarcado en una lucha de hegemonías y religiones; a diferencia de los entonces diezmados y empobrecidos actores europeos, lograron encontrar espacios de desarrollo que las llevaron a liderar el progreso y la civilización de la humanidad de su época. Desde el primer siglo la población India que entonces era la más grande (75 millones de personas), junto con la China (60 millones de personas), eran superiores en 110 millones de personas a la población europea que en esa época llegaba a 25 millones de seres humanos. Desde siempre el factor demográfico de Asia del este ha sido superior al europeo y en el futuro lo será más, cuando en 2050 la población de Europa rondará apenas el 15% de la población mundial, frente al 55% aproximadamente de Asia del este. En materia eco-

nómica el comparativo es similar, ya que en el siglo I la economía de Europa apenas cubría una cuarta parte aproximadamente de la economía sino-india; porcentaje que disminuyó en la Edad Media a un 10% para de ahí crecer en el renacimiento a un 30% y en 1820 a un 60%; para después rebasarlas hasta el día de hoy; aunque ante el dinamismo asiático, la mayoría de los pronósticos señalan que la economía china superará a la de E.U. antes de 2020 y la de Asia del este a Occidente (Unión Europea y Estados Unidos) en el mismo año (FMI; Jeffrey Sachs, 2012; Ontiveros Guillén, 2012).

Asia del este cuenta con un gran pasado de éxitos económicos, políticos y sociales que a partir del siglo xv y xvi, comenzaron a mostrar un cansancio progresivo frente a un robustecimiento preindustrial por parte de Europa, lo cual fue reestructurando poco a poco el equilibrio geopolítico de esa época. Cuenta Ferguson “Si en el año 1411 el lector hubiera podido dar la vuelta al mundo, probablemente se habría sentido impresionado por la calidad de vida de las civilizaciones orientales. La ciudad prohibida estaba en construcción en la Pekín Ming, al tiempo que habían iniciado las obras de reapertura y mejora del Gran Canal; en Oriente Próximo, los otomanos se acercaban a Constantinopla, que finalmente conquistarían en 1453. El imperio bizantino exhalaba su último aliento. La muerte del caudillo Tinur Lang (Tamerlán) en 1405 había eliminado la repetida amenaza de las crueles hordas invasoras de Asia Central, la antítesis de la civilización. Para el emperador chino Yon-Gle y el sultán otomano Murad II, el futuro era brillante”. “En cambio, el lector se habría visto sorprendido por la Europa occidental de 1411, miserable y atrasada, que se recuperaba de los estragos de la peste negra — la cual habría reducido la población a la mitad en su recorrido hacia el este entre 1347 y 1351— y seguía aquejada por las malas condiciones sanitarias y una guerra aparentemente incesante. En Inglaterra ocupaba el trono el rey leproso Enrique IV, que había derrocado y asesinado al malhadado Ricardo II. Francia era presa de una guerra interna entre los seguidores del duque de Borgoña y los del asesinado duque de Orleans. La guerra de los cien años entre Inglaterra y Francia estaba a punto de reanudarse. A los otros reinos en conflicto de Europa occidental — Aragón, Castilla, Navarra, Portugal y Escocia— no parecía irles mucho mejor. En Granada todavía gobernaba un musulmán. El rey escocés, Jacobo I, estaba prisionero en Inglaterra tras haber sido capturado por piratas ingleses. Las zonas más prósperas de Europa eran, de hecho, las ciudades-estado del norte de Italia: Florencia, Génova, Pisa, Siena, y Venecia. En cuanto a la Norteamérica del siglo xv, no era más que un páramo anárquico en comparación con los reinos de los aztecas, los mayas y los incas en Centroamérica y Sudamérica, con sus altísimos templos y sus elevadísimas carreteras. Al término de este recorrido mundial, la idea de que Occidente pudiera llegar a dominar al resto del mundo durante casi toda la mitad

del siguiente milenio habría parecido extraordinariamente descabellada”, “Y sin embargo, eso fue lo que ocurrió” (Ferguson, 2012, págs. 42-43).

Gráfica 1
Occidente y su participación global



Fuente: Ferguson Niall, 2012; Jeffrey Sachs, 2011; F.M.I.

De un precario control de la población mundial por parte de Occidente en 1500 del 16%, de la superficie terrestre del mundo de 10% y de la economía de su época de 44%; para 1913 la civilización occidental ya controlaba 60% de la superficie; casi el 60% de la población y el 80% de la economía del planeta. ¿Cómo se dio ese cambio histórico sin que Asia se opusiera?. Las civilizaciones asiáticas, como las que les antecieron, sólo cumplen inexorablemente la dialéctica de su ciclo conforme a su propias circunstancias, que según Carrol Quigley, comprende las etapas de concepción, gestación, expansión, época de conflicto, imperio universal, decadencia e invasión; y las culturas asiáticas (China e India), más allá de sus vaivenes políticos y militares, durante XV siglos supieron mantener el hilo fino de su sustentabilidad civilizatoria; hasta que en 1499 Vasco de Gama llegó a la India a romper este ciclo virtuoso como parte de la nueva fuerza prein-

dustrial que le daba a Europa la oportunidad de incursionar militar y económicamente en los imperios asiáticos, los cuáles, a la distancia, habían podido conservar su fortaleza. Al arribo del portugués le siguieron en 1564 la conquista de Filipinas por parte de España; en 1601 la primera incursión inglesa a Sumatra, la cual sería el principio de una amplia etapa de conquista e intromisión tanto en India como en China; en 1602 se instala en la India la primera CIA Holandesa de las Indias Orientales; en 1628, en este redescubrimiento asiático, Rusia arriesga una invasión a China, y en 1688 los franceses instalan su primera fábrica en Surat, India. Filipinas, Camboya, Vietnam, India, China, Japón, etc.; uno a uno los diferentes países asiáticos y las otrora poderosas civilizaciones de Asia del este fueron sucumbiendo de diversas maneras a la fuerza de un poder militar superior que como todas las hegemonías, ya sean europeas, asiáticas, americanas, o de otro origen, cumplieron con su vocación de apropiación de plusvalías ajenas. La toma de la región de Asia del este por parte de Occidente, no fue ni peor ni mejor que las conquistas históricas que les antecedieron en otras partes del mundo, o las que los propios países asiáticos perpetraron entre sí los últimos dos mil años. La caída de la India en manos de los ingleses, holandeses y franceses, no es diferente a la caída de los griegos a manos de los romanos. La invasión a China en el siglo XIX por ingleses, franceses, rusos, norteamericanos, japoneses, etc., también se asemeja al asedio sufrido por el imperio romano en su etapa de decadencia. En el caso de China, a partir de 1838 sufre su primera gran intromisión por parte de Occidente a través de la guerra del opio orquestada por Inglaterra; y de 1842 a 1943 aparece el periodo que se ha llamado el “siglo de los tratados” (Gran Bretaña en 1842, Estados Unidos y Francia en 1844, Rusia en 1858 etc.), durante el cual las potencias marítimas del momento obligaron a China a reconocerles diversos derechos de orden económico y comercial, que trastocaron el orden legal establecido y el concepto central del imperio, de ejercer su poder y plena soberanía hacia dentro de sus murallas, ya que en base a esta presión hegemónica y la firma de estos tratados, China tuvo que aceptar la igualdad de estos países (Gran Bretaña, Rusia, Francia, etc.), lo cual golpeó severamente el principio de superioridad del Emperador respecto a los demás gobernantes, impidiéndole su derecho a exigir tributo y obediencia. (Oropeza García, México-China: Culturas y Sistemas Jurídicos Comparados, 2008, pág. 481).

Estos hechos que en su vertiente asiática forman parte del compendio de la historia de la humanidad, guardan un lugar especial en la memoria de los diferentes actores asiáticos, los cuales, con base en las profundas raíces culturales de sus civilizaciones; la conquista y la pérdida de hegemonía de sus territorios sucedidos del siglo XV al XX por parte de Occidente, la ven como una gran humillación. Por ello, en el marco de sus nuevos éxitos económicos, el debate que sos-

tienen con Occidente no lo ubican únicamente en el plano de los PIBS o el comercio, sino como claramente señala Mahbubani, lo elevan a una confrontación donde el objetivo es reubicar a las civilizaciones y culturas asiáticas a un plano superior al occidental. Al respecto comenta el historiador chino C.Y. Hsu “Sin duda en 1860 la gran civilización que había sido China fue totalmente derrotada y humillada por Occidente”. (Crespo MacLennan, 2012, pág. 194) Por su parte Chris Patten, que fuera gobernador británico en Hong Kong señala, China “es un pueblo con un sentido de su grandeza pasada, su humillación reciente, sus logros actuales y su supremacía futura” (Ontiveros & Guillen F., 2012, pág. 158). Como puede apreciarse, en la mayoría de los discursos de reivindicación va incrustado un recuerdo de humillación histórica, como un motor de cambio; pero también como un objetivo central en su renacimiento del siglo XXI. Todo pueblo que se ve desplazado de su territorio o de sus intereses guarda diferentes agravios o sentimientos negativos respecto a su opresor; sin embargo, en el caso de Asia en general, las diferentes civilizaciones mantienen una postura de resentimiento que rebasa otros ejemplos históricos; la cual juega un papel importante dentro del reacomodo del nuevo esquema global.

Los sentimientos y las acciones de reivindicación en Asia no son nuevos; nacieron junto con su primer sometimiento. No obstante, en su última etapa comenzaron a decantarse de manera significativa desde principios del siglo XX, en 1905, cuando la flota japonesa comandada por el Almirante Togo Heihachiro derrotó en el estrecho de Tsushima a la fuerza naval rusa; lo cual representó para la zona un triunfo paradigmático de un país no europeo sobre una potencia que en ese momento se consideraba “occidental” por los países asiáticos. Este importante triunfo, que en ese entonces definía la suerte de Corea y de Manchuria, fue tomado por los diversos actores asiáticos como una reivindicación de Asia del este sobre Europa; como el principio del fin de la hegemonía occidental en la zona. Respecto de esta victoria el entonces periodista Mahatma Gandhi señaló en su momento, “las raíces de la victoria japonesa se han esparcido de manera tan lejana y tan ancha, que ahora no podemos visualizar todos los frutos que dará en el futuro” (Mishra, 2012, pág. 2). El entonces joven Atatürk, el reformador de Turquía, tomaría la victoria y el modelo japonés como una inspiración. También el joven Jawaharlal Nehru aceptaría después que la victoria japonesa le motivó sobre “la independencia de India y la independencia de Asia del dominio europeo” (Mishra, 2012). Junto con los personajes asiáticos anteriores, otros actores relevantes como Rabindranath Tagore (India), Abdurreshid Ibrahim (intelectual panislámico), Mustafa Kemal (Salónica, Grecia), Halide Edip (Turquía), etc., fueron parte de una generación que comenzó con mucho ímpetu la reivindicación de la civilización asiática desde diferentes perspectivas. Como señala Mishra, la

victoria japonesa le dio a Asia la lección de que los hombres “blancos”, los conquistadores del mundo no eran invencibles, lo cual provocó el surgimiento en la región de innumerables sentimientos de libertad. Esta misma visión que ha prevalecido hasta la fecha, se dibuja en la declaración de Tokutomi Soho, que sobre la victoria japonesa declaró en su momento: “Nosotros hemos destruido el mito de inferioridad de las razas no blancas. Con nuestro poder estamos forzando nuestra aceptación como miembros de las grandes potencias mundiales” (Misra, 2012, pág. 3). Como se desprende de lo anterior, un fuerte sentimiento de inferioridad y de humillación forma parte de las declaraciones de independencia y de reivindicación de los diferentes precursores asiáticos, el cual, con sus matices, sigue vivo hasta la fecha.

En contraste a este sentimiento transeconómico por parte de Asia del este, el cual permanece después de más de 500 años de desplazamiento civilizatorio; de más de 400 años de invasiones constantes por parte de las diversas hegemonías occidentales, hasta las dos terceras partes del siglo xx; de 200 años de la pérdida del liderazgo económico mundial por parte de China; de 400 años de los diversos movimientos independentistas, y de 50 años de un éxito económico y político sustentable; la postura de Occidente aparece incierta, dubitativa, huérfana del rumbo que sostenga su debilitado liderazgo económico. Esta comparación lo muestra también como no recuperado respecto de una realidad asiática que no vio venir; que la desprecio primero como un tema no prioritario; pasando del desprecio a la sorpresa de una nueva realidad económica que no solo lo reta, sino que le ha venido a quitar la comodidad del mundo que habitaba en el que todo era previsible. De acuerdo a la teoría de las civilizaciones de Quigley, pareciera que Occidente se ha instalado en la “cómoda” etapa de su decadencia, pasando de actor a fedatario de la pérdida de su propia hegemonía. Al respecto Glucksmann señala, “La civilización es una apuesta. Doble. Contra el que la niega y amenaza con aniquilarla. Contra sí misma, muy a menudo cómplice o aventurerista de su desaparición”. “Cuando en la ínfima intimidad de una conciencia, Occidente choca con Occidente, todo está en juego y nada lo está, el tañido fúnebre por el fin de la historia queda suspendido, el carillón de un nuevo comienzo contiene su aliento” (Glucksmann, 2004, pág. 59). Por su parte Ferguson resalta “La civilización occidental parece haber perdido la confianza en sí misma. Empezando por Stanford en 1963, toda una serie de grandes universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia “de la civilización occidental” a sus alumnos” (Ferguson, 2012, pág. 59); agregando de manera contundente, “Pienso que quizá fue solo entonces cuando realmente comprendí que era lo que definía a la primera década del siglo XXI...” “el hecho de que estamos viviendo el final de quinientos años de supremacía occidental” (Ferguson, 2012,

pág. 19). De un modo o de otro, las diversas corrientes del pensamiento occidental, lejos de prevenir o fortalecer un hecho de futuro incierto; presos de un sentimiento que empieza a ser generalizado, se adelantan en marcar un desplazamiento de placas civilizatorias que al parecer juzgan inevitable; fortaleciendo con ello al pensamiento asiático que ya festina su llegada.

En esta “competencia” por el desarrollo y la hegemonía civilizatoria en la que la parte asiática ha puesto sus metas para el siglo XXI, Occidente, además de reclamarse no haber escuchado las diversas voces napoleónicas que avisaban que cuando China despertara el mundo temblaría; en cuanto al debate interno de Occidente vs Occidente, no son pocos los autores europeos que hablan de la “complicidad” de los actores reales de poder de la zona, por haber sido piezas relevantes del milagro asiático. En relación a este punto Mandelbaum y Haber reclaman “Un día algún sociólogo va a tener que analizar las razones por las cuales en Occidente- incluyendo a las élites de las democracias occidentales- hay tanta dificultad para ver y oír la realidad emergente. Al fin y al cabo, es posible que los occidentales “no quieran” ver ni oír, y que cierren los ojos y hagan oídos sordos adrede”(Madelbaum & Harber, 2005, pág. 17). A lo que Martin Hans-Peter y Harald Shumman agregan respecto al traspaso tecnológico, industrial y financiero de Occidente a Asia del este “Sólo ingenuos teóricos, o políticos cortos de vista creerán que se puede, como está ocurriendo actualmente en Europa, privar año tras año a millones de personas de trabajo y seguridad social sin pagar en algún momento el precio político de ello. Es algo que no puede funcionar”(Martin Hans & Shumman, 2005, pág. 17).

El éxito de Asia del este, en muchos sentidos, se explica a través del debilitamiento de Occidente; dentro del cual destacan de manera relevante dos factores: la geométrica industrialización de Asia del este versus la desindustrialización occidental; y el pragmatismo económico asiático respecto a la “ortodoxia” neoliberal. En cuanto al primero vale la pena recordar que a fines de la década de los setenta, llevada de la mano por el liderazgo de Deng Xiaoping, China inició una aventura, un “experimento” en el que por primera vez en su historia se abrió a un mundo global en busca de un futuro económico, ante el fracaso de sus estrategias internas que la habían llevado a hambrunas (30 millones de muertos en 1960) y padecimientos extremos. Al mismo tiempo, el mundo “post industrial” de Daniel Bell apareció en 1973 (El advenimiento de la sociedad Post Industrial), justo cinco años antes que Deng Xiaoping le ofertara al mundo 900 millones de obreros chinos, que ante su urgente necesidad de comida, vestido y techo, estaban dispuestos a trabajar por 30 centavos de dólar la hora, sin ningún tipo de prestación social; y por el contrario, otorgando todo tipo de ventajas al capital externo en cuanto a infraestructura y apoyos fiscales. Para

el mundo occidental, ya “ubicado” en el mundo postindustrial de los servicios de la inteligencia; la manufactura se convirtió en un “subsector” que bien podía ser atendido por las naciones en vías de desarrollo y por otro lado, abandonado el modelo Brettoniano y la responsabilidad del Estado de Bienestar, la mayoría de los países occidentales no pudieron resistir la tentación de precarizar la plusvalía asiática; pensando que como en la época del liberalismo desenfrenado de la 1ª Revolución Industrial, “esto no tendría consecuencia alguna” y que China, Asia y el resto de los países a precarizar, tan solo se convertirían en una gran maquiladora global, la cual podría desmantelarse en cualquier momento, o dirigirse desde el mundo postindustrial de la inteligencia. Esto no fue así, y si bien China durante los 80 y 90 sostuvo su oferta de mano barata al mundo occidental, desde el primer momento dejó en claro que esa oferta solo sería un punto de partida mientras se hacía de los recursos para generar su propio desarrollo. Desde la firma del primer contrato de Joint Venture de 1979, China condicionó la entrada de capital extranjero al traspaso de tecnología; y a partir de este momento, China dio inicio al mayor proyecto del que se tenga memoria “de expropiación tecnológica” a través de todo tipo de medios y de instancias hasta lograr en la actualidad una asimilación tecnológica de primer mundo; escalando hoy a una etapa de innovación en la que ya está emprendiendo sus propios desarrollos.

El liderazgo de Inglaterra en el siglo XIX nace bajo una explosión de inventos industriales; el de Estados Unidos en el siglo XX se consolida dentro de un proceso de asimilación e innovación de productos tecnológicos industriales. La hegemonía China y la industrialización de Asia del este, a diferencia de los ejemplos anteriores, nace de la copia informal y formal de la tecnología industrial de Occidente, en un traspaso que no tiene parangón en la historia de la humanidad. El “deshecho” industrial occidental coincidió con la necesidad de China. El descuido y la tolerancia de Occidente sobre la toma y apropiación informal de su acervo tecnológico por parte de Asia del este en general y de China, en particular, solo rivalizó con su usura y precarización de los activos laborales asiáticos. El nuevo mapa de la manufactura mundial que se genera en esta importante etapa del siglo XX, se construye con la toma formal e informal que China y Asia del este realizan del saber tecnológico industrial de Occidente; de igual modo que con la pérdida industrial que los países occidentales registran con motivo de este cambio (Oropeza García, México frente a la Tercera Revolución Industrial: Como relanzar el proyecto industrial de México en el siglo XXI, 2013, págs. 223-224).

En cuanto al “pragmatismo” asiático, que es otro de los elementos esenciales del “milagro” económico de Asia del este, se ha llevado a cabo a base de un cumplimiento a modo de los compromisos comerciales de postguerra establecidos en el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT,

1947) y de la Organización Mundial del Comercio (OMC, 1994). Japón, por ejemplo, desde 1950 mantuvo una política pública permanente de control de su moneda a fin de apoyar sus exportaciones; fomentando al mismo tiempo las restricciones arancelarias formales e informales para detener la compra de productos manufacturados en el extranjero; de igual modo que desplegando un apoyo estatal de subsidios a su industria nacional que le ocasionó innumerables problemas políticos económicos con Europa y Estados Unidos; estrategia que lo llevó a crecer a tasas superiores al 10% anual promedio de 1950 a 1973 y a ser hoy la tercera economía mundial. Corea, siguiendo este camino japonés de apropiación industrial y compromiso a modo con la normativa del comercio internacional; su despegue lo apuntaló en una participación estatal decidida en forma de créditos blandos a empresas nacionales; imposición de aranceles elevados a las importaciones competitivas; subvaluación de su moneda; barreras técnicas a la importación; salarios bajos; ausencia de prestaciones sociales; subvenciones y subsidios a empresas nacionales exportadoras; abastecimiento preferencial de materias primas y equipo para producción de sus empresas nacionales; descuento en tarifas de transporte, puertos y costos de servicios básicos, etc.; todo lo cual llevó a Corea a crecer un 8% promedio anual en los setenta y un 9% en los ochenta. China, como ya se indicó, siguiendo el mismo modelo económico “pragmático”, combinado con un socialismo de mercado, de 1979 a 2011 creció a una tasa de 10% anual promedio. Pero lo mismo podría señalarse de Taiwán y de Singapur y ahora de Vietnam o Bangladesh y de una gran mayoría de países de Asia del este que a través de inversión extranjera, la expropiación tecnológica, participación directa del Estado y cumplimiento a modo de la normativa comercial internacional, las últimas cinco décadas han logrado convertirse en la nueva fábrica del mundo con el 70% del valor manufacturero de los países en desarrollo; en donde China (20%), Japón (11%) y Corea (2.6%), ocupan el primero, tercero y séptimo lugar respectivamente de la producción manufacturera del mundo (Marsh, 2012).

El choque, encuentro, competencia, fusión etc., de civilizaciones, es un tema denso que involucra un sinnúmero de factores, todos relevantes en este momento de debate entre dos órdenes globales de gran importancia; sin embargo, en su vertiente económica, que es una de sus principales competencias, no puede obviarse resaltar el fenómeno atípico de traspaso de riqueza que ha mediado para que esto suceda. En el desplazamiento de Asia del este por Occidente hace cinco siglos, Europa realizó sus conquistas marítimas y militares gracias a su avance preindustrial e industrial, los cuales la dotaron de la superioridad tecnológica para someter a cada una de las naciones asiáticas conquistadas. A diferencia de lo anterior, desde la “salida” de Japón a Occidente durante la dinastía

Meiji (1868), hasta la apertura china en términos de economía y comercio en 1979, Asia del este ha puesto todos sus esfuerzos en generar desarrollo a través de una imitación a modo del modelo económico occidental. A lo anterior habría que agregar que la apropiación del modelo y de su tecnología de las décadas que van de 1950 a 2013, ha estado significada por el manejo de una estrategia que en diversas velocidades y modalidades, se ha caracterizado por la participación directa del Estado asiático respecto a la conducción de sus diferentes actores económicos, lo cual les ha dado una ventaja permanente durante el periodo respecto a las empresas occidentales y no occidentales como las latinoamericanas, que se han ceñido a las reglas de un intercambio de comercio internacional regulado por el GATT-OMC.

El debate sistémico Asia del este-Occidente seguirá de manera intensa la primera mitad del siglo XXI, pero Occidente de ninguna manera puede llamarse sorprendido de los importantes resultados económicos que hoy festejan los países asiáticos y mucho se preocupan los países occidentales.

Esta visión no desestima en ningún momento la meritocracia asiática que se ha tenido que dar para que sucediera este importante auge económico de la región. Resulta evidente que a la fecha los estrategas asiáticos Yukichi Fukuzawa (Japón), Deng Xiaoping (China), Lee Kuan Yew (Singapur), Park Chung-Hee (Corea), Zu Ronghi (China), Jian Zeming (China), etc., de manera general, han superado en talento y estrategia a los gobernantes occidentales de la época, sin embargo, a pesar de este reconocimiento, la afirmación de que “los asiáticos del este atribuyen su espectacular desarrollo económico, no a la importación de la cultura occidental, sino más bien a la adhesión a su propia cultura; y que están teniendo éxito, porque son diferentes a Occidente” (Huntington P., 2001, pág. 109), se ubica fuera de una realidad donde por lo menos en el plano económico, el renacimiento que vive hoy Asia del este, en mayor medida, es producto de la desindustrialización que emprendieron con “gran entusiasmo” los países occidentales desde el último tercio del siglo pasado.

Para México como para América Latina, que no son considerados técnicamente como países occidentales (Huntington), lo relevante en términos económicos y comerciales de esta competencia entre “civilizaciones”, se desprende de “la complicidad” que han mantenido los grupos económicos de poder de ambas regiones, en el sentido de practicar y permitir una economía comercial que ha sido abiertamente tolerante con subvaluaciones de moneda, subvenciones, participaciones e intervenciones estatales, subsidios, altos niveles de contaminación, protecciones a ultranza de mercados internos; etc; mientras que a todos los países latinoamericanos se les ha exigido en el mismo periodo el cumplimiento riguroso de la normativa GATT-OMC, y más aún como el caso de México, que se

ha comprometido con una regulación OMC-Plus, lo cual ha redundado en una ventaja permanente para Asia del este y una práctica de comercio injusto para México y América Latina. Bajo el comprometido interés de la precarización asiática y el máximo lucro por parte de Occidente, la cual prevalece hasta el día de hoy, Europa y Estados Unidos, al mismo tiempo que han precipitado un choque económico de civilizaciones sin ningún pudor; de igual modo han limitado el desarrollo económico de Latinoamérica al orillarla a competir globalmente en un terreno comercial de igualdad que solo existe en los documentos oficiales de la OMC.

En este marco de fuerte competencia de civilizaciones, que vive un proceso de innumerables preguntas y pocas respuestas; entre una etapa de franca expansión asiática y cuestionado avance occidental, la participación de México y de los demás países de América Latina no puede dejarse arrastrar de manera inconsciente a una aventura norteamericana de destino incierto, con el pretexto de una “sencilla” invitación a participar en un Tratado de Libre Comercio. La conveniencia técnica o no de cada evaluación nacional, debe ir acompañada del marco referencial y posibles consecuencias que se generarán para cada país respecto al compromiso geopolítico que se derive de su posible participación en el TPP.

Finalmente, a pesar de la gran importancia de esta competencia entre civilizaciones, vale la pena no olvidar las palabras de Huntington cuando señala que la decadencia de Occidente podría prolongarse en el futuro durante décadas, quizá siglos. También es posible que Occidente experimente un periodo de renacimiento e invierta la tendencia decadente de su influencia en los asuntos mundiales y confirme de nuevo su posición como líder al que las demás civilizaciones siguen e imitan (Huntington P., 2001, pág. 362), porque... “la lección primordial de la historia de la civilización es que muchas cosas son probables, pero nada es inevitable” (Huntington P., 2001, pág. 363).

Para México y América Latina, en medio de este debate histórico, se abre una magnífica oportunidad para reposicionar sus respectivas posturas bajo una óptica regional.

III. El Águila o el Dragón: un nuevo dilema

Si bien el debate Atlántico-Pacífico involucra de manera directa a la mayoría de los países que integran las zonas respectivas, para nadie pasa desapercibido que a pesar del gran número de civilizaciones involucradas en el tema (Occidental, China, India, Japonesa, Rusa, Islámica), el debate central a la fecha se encuentra

focalizado en la pugna China- Estados Unidos por el liderazgo económico-político del siglo XXI, donde de acuerdo a las tendencias, Estados Unidos registra una etapa de debilidad aceptada por un buen número de expertos (Sachs, Huntington, Rifkin, Hobsbawm, etc.) y China atraviesa por una etapa de expansión que la confronta todos los días con los intereses norteamericanos.

En el caso de E.U., más allá de la montaña de cifras que vienen dando fe de un debilitamiento, de un adelgazamiento del poderío norteamericano desde finales de los setenta, la apreciación de la vida actual de la nación norteamericana se nos presenta como un país con severos problemas económicos; con un desgaste de su vida social y con una pérdida de liderazgo político que lo dibuja atrapado, encerrado en su laberinto, con un problema de identidad que no le deja claro cuál es su papel en el nuevo contexto global y como va a recuperar, mantener o administrar su pérdida de liderazgo. Hobsbawm nos comenta al respecto "Hay razones internas por las que el imperio estadounidense no puede durar, y la más inmediata es que la mayoría de los estadounidenses no están interesados en el imperialismo ni en la dominación mundial en el sentido de gobernar al mundo. Lo que les interesa es lo que les ocurre a ellos en su propio país. La economía estadounidense está tan desmejorada que en algún momento el gobierno y los electores decidirán que es mucho más importante concentrarse en la economía que emprender aventuras militares en el extranjero, en particular si se tiene en cuenta que esas intervenciones militares en el extranjero correrán a cargo en buena parte de los propios estadounidenses, algo que no sucedió en el caso de la primera guerra del golfo, ni tampoco, en gran medida, durante la guerra fría" (Hobsbawm, 2006, pág. 82).

La dificultad de opinar sobre hegemonías robustas, o como en este caso, de verdaderas civilizaciones (E.U es el líder occidental desde el siglo XX), es que sus ciclos no son lineales ni de corto plazo; son procesos históricos lentos con múltiples variantes, pero que al final de los lustros o décadas, como en el caso de Estados Unidos, suman un deterioro que los presenta con una disminución innegable. En lo que respecta a E.U., desde la cúspide de su poder económico y manufacturero que lo hizo detentar a mediados del siglo XX casi la mitad del valor económico y la producción manufacturera mundial, en la actualidad registra un saldo de un 20% aproximadamente del PIB y un 18% de la manufactura del mundo, con una pérdida aproximada de 30 puntos en cada caso respecto a su patrimonio anterior. En cuanto al valor económico, la Unión Europea mantiene un porcentaje ligeramente superior (21%) y China se acerca muy de prisa con el 15%; y en cuanto a su producción manufacturera, a partir del año 2010 China se convirtió en la principal potencia del ramo con el 20% de la producción de bienes del mundo.

Desde hace muchos años, adelantándose a la “tormenta perfecta” de Thomas Friedman, autores como Arthur MacEwan, James M. Cypher, Elaine Levine, por mencionar solo algunos, ya documentaban sobre la declinación de Estados Unidos. MacEwan declaraba, por ejemplo, a principios de la década de los noventa, que “Estados Unidos es en muchos sentidos la nación más poderosa del mundo... sin embargo, al interior de los Estados Unidos nos encontramos con que las cosas se están desintegrando. La falta de vivienda, el problema de las drogas y un alto nivel de mortalidad infantil encabezan las noticias mientras que los servicios sociales locales parecen deteriorarse en todo el país” (MacEwan, 1992, pág. 42). Lo anterior lo reforzaba documentando que entre 1973 y 1987 comenzó la erosión del nivel de vida de las familias norteamericanas, al bajar el promedio del ingreso monetario familiar de la quinta parte de las familias más pobres en un 7.3% en el periodo; mientras que la quinta parte de las más ricas aumentó un 14%. En el mismo sentido demostró que entre 1966 y 1985 las tasas efectivas de impuestos para el 1% de los contribuyentes más ricos cayeron entre 27% y 36%; de igual modo que para el 10% de las clases más pudientes, estas se disminuyeron entre 10% y 16%, lo cual se combinó con aumentos fiscales substanciales para los más pobres. Al mismo tiempo evidenciaba el alto costo de la fuerza militar (7% en 1986), y sobre todo de su inutilidad para el mantenimiento de su hegemonía económica. Por su parte, Cypher también alertaba ya desde finales de la década de los ochenta del debilitamiento de los Estados Unidos, fundamentándolo en primer lugar en una pérdida de la productividad, de la cual argumentaba que de 1950 a 1973 (que comprende la “edad de oro” del ciclo económico norteamericano de posguerra), ésta se había incrementado un 2.44% anual, mientras que de 1973 a 1990, lo había logrado únicamente en 0.825%. También denunciaba desde esa época algo que hoy es tema de preocupación entre los analistas y funcionarios norteamericanos, el llamado “déficit triple”, el cual en 1990, en cuanto al déficit presupuestal, ya representaba el 6% del PIB; el comercial registraba un pasivo anual de 100 mil millones de dólares; y a partir de 1989, Estados Unidos pasó a ocupar el lugar de la nación más endeudada del mundo con un faltante de 650 mil millones de dólares, sitio que no ha abandonado a la presente fecha. Asimismo, Cypher ya comentaba sobre el crecimiento de la deuda doméstica, la cual en 1950 representaba el 35% del ingreso personal y para 1989 ya apuntaba un 80%. De manera importante este autor también denunciaba el debilitamiento del sector industrial norteamericano, subrayando junto con Cantwell que las corporaciones transnacionales norteamericanas, en el periodo 1974-1982, perdieron un 20% de su grado de internacionalización en doce sectores manufactureros; y que incluso, en el sector de alta tecnología también se registraba su mala evolución al descender en el mercado global de la

fibra óptica en el periodo que va de 1980 a 1988 un 21%; en semiconductores 24%; en supercomputadoras 13%; y en máquinas y herramientas 23%. De manera relevante, Cypher puso en la mesa de la reflexión los bajos salarios globales de manufactura (Low cost) como una de las causas centrales de la declinación de la fuerza económica de Estados Unidos. Indicaba el autor “La alimentación, algo de vestido y servicios pueden ser provistos a los trabajadores industriales a partir de un vasto ejército de reserva de campesinos en transición (algunas veces referido como el sector tradicional) quienes ahora subsisten en los intersticios de la sociedad en la mayor parte de los NIC. Una ventaja adicional puede encontrarse en la ausencia virtual de limitaciones medioambientales y restricciones que permiten a ambos, las corporaciones transnacionales y los grupos domésticos nacionales, evadir la internacionalización de muchos de sus costos sociales de producción” (Cypher en MacEwan, 1992, págs. 62-65). O sea, que de manera anticipada, algunos autores ya hablaban de la trampa global, o sea, la política de fincar el interés nacional en el consumo “barato” de las clases medias, a costa de tolerar y auspiciar todo tipo de dumpings (sociales, financieros, monetarios, ecológicos, etc.), creyendo que esto no afectaría a sus economías, ni les incidiría en los climas ambientales de sus países; premisas que como bien sabemos hoy, fueron y siguen siendo equivocadas y han acabado por revertirse de una u otra manera a todas las naciones (Oropeza Garcia, 2010, págs. 150-152). De manera posterior a estas múltiples llamadas de atención, autores como Paul Kennedy en los noventa, además de preocuparse por la “excesiva extensión imperial” de E.U., ya presentaba grandes dudas de la fortaleza norteamericana, aunque enfatizaba que si bien había una decadencia, esta era relativa y que “...la única amenaza seria a los intereses verdaderos de los Estados Unidos solo puede proceder del fracaso en adaptarse de manera sensata al nuevo orden mundial” (Kennedy, Auge y Caída de las grandes potencias, 1994, pág. 830); agregando que “...está todavía por ver si los enfoques tradicionales conducirán exitosamente hacia el siglo XXI al pueblo estadounidense, o si éste pagará un elevado precio por dar por sentado que las cosas pueden seguir iguales en casa mientras el mundo exterior cambia más rápidamente que nunca” (Kennedy, Hacia el siglo XXI, 1993, pág. 412). De manera más reciente, al inicio de la segunda década del siglo XXI Sachs comenta “Que América está en crisis es fácil de ver, especialmente desde fuera del país. La nación que todavía hace poco tiempo era llamada la superpotencia, la “Nueva Roma” y la nación imprescindible, se ha convertido en el epicentro de inestabilidad financiera, parálisis política e inmoralidad en los negocios. Las guerras americanas se han atascado tediosa y dolorosamente en Afganistan, Irak y Yemen (aunque secretamente) y en otros lados. El niño bonito de la ciudad ahora es China, el nuevo poder en ascenso, no los Estados Uni-

dos” (Sachs, 2012, pág. VII). A todo lo anterior, también de manera reciente nos refiere Rifkin “El resultado final de 18 años de prolongación artificial del crédito es que Estados Unidos es hoy en día una economía en quiebra. El pasivo bruto del sector financiero estadounidense, que ascendía a un 21% del PIB en 1980, ha ido aumentando a un ritmo constante durante los últimos 27 años hasta alcanzar un increíble 116% del PIB en 2007”. “Más preocupantes aún son avisos como los del Fondo Monetario Internacional cuando pronostica que la deuda pública del gobierno federal estadounidense podría alcanzar niveles del 100% del PIB para 2015 a más tardar, lo que pondría en duda las posibilidades de futuro mismas de los Estados Unidos de América como tales” (Rifkin, 2011, págs. 42-43). Voces calificadas en Estados Unidos y fuera de él, desde finales de la década de los setenta hasta el día de hoy, han mantenido una narración de hechos de como se ha venido decantando poco a poco el poder económico de la primera potencia mundial, hasta el punto que lleva a Rifkin a denunciar su posible quiebra financiera; a la cual habría que agregar su debilidad social y su problemática política. Desde luego, en la acera de enfrente también hay un grupo importante de apologistas que nos dicen que Estados Unidos está bien y que si una decadencia existe esta se refiere a una debilidad “relativa” o aun “liderazgo en renacimiento”. Algunos de los nuevos criterios sobre el renacimiento económico de Estados Unidos están siendo apuntalados de manera interesante en las nuevas tecnologías de la producción de gas y petróleo (Shell), por medio de las cuales Estados Unidos ha logrado aumentar su producción de gas de 2007 a 2012 en un 25%, donde la mayor parte ha correspondido a la nueva producción de gas esquisto. En cuanto al petróleo y otros hidrocarburos líquidos, en 2012 la producción se elevó en un 7% anual promedio; cifra no alcanzada desde 1951. De manera más importante la Agencia Internacional de Energía de E.U. prevé que el país superará a Arabia Saudita como el principal productor mundial de petróleo antes de 2017, lo cual aumentaría el PIB de E.U. en un 3% en el próximo decenio. “Un sector de vivienda renaciente, una revolución en la producción de energéticos, una banca remodelada y una industria manufacturera más eficiente...” (Allman, 2013, págs. 99,100,101) son cuatro de los pilares que especialistas como Allman fundamentan para el nuevo auge de Estados Unidos.

Contrario al importante número de analistas que dan fé del debilitamiento de E.U., cada vez son menos los expertos que hablan de la caída del éxito chino; que apuntan que el círculo virtuoso puede quebrarse o detener su ritmo de desarrollo de más de tres décadas. Si bien reconocen que la tasa de crecimiento deberá ajustarse, los diversos especialistas más bien han estado compitiendo en los últimos años, como en un casino económico, a ver quien acierta la fecha en que el PIB chino rebasara al PIB norteamericano (Goldman Sachs, B.M., etc.).

Lo anterior desde luego no quiere decir que el camino que tiene China por delante esté libre de obstáculos, los cuales tendrá que ir resolviendo si quiere confirmar la hipótesis de su liderazgo económico. Algunos expertos como Ontiveros y Guillén señalan “ A la vista de la competencia de los países con salarios más bajos, del exceso de confianza en las exportaciones, de la inflación en los precios de los activos, especialmente en el sector inmobiliario, de la contaminación galopante, del envejecimiento de la población, de la congestión urbana, del aumento de la desigualdad en la distribución de la renta y de la inestabilidad política interna” ...“existe un considerable desacuerdo entre los expertos, los políticos e incluso los funcionarios del Partido sobre la sostenibilidad del crecimiento económico de China”(Ontiveros & Guillen F., 2012, págs. 170,171). Otros especialistas como Ferguson, que también cuestiona el futuro económico de China, fundamenta en por lo menos tres hipótesis la posibilidad de su tropiezo. La primera señala que el caso de China ya se vivió con la experiencia de Japón, del cual se decía en su momento que rebasaría a la economía norteamericana en el siglo xx y por el contrario, por diversas contingencias internas, las últimas dos décadas creció a una exigua tasa anual del 0.8%, cayendo al lugar 24 a nivel mundial por ingreso per cápita. La segunda hipótesis se refiere al gran atraso social que guarda todavía China, el cual registra el lugar 86 del ranking mundial del ingreso per cápita, con 150 millones de pobres con un ingreso inferior a un dólar y medio por día; donde por otro lado aparece que un 0.4% de las familias chinas poseen alrededor del 70% de la riqueza del país. A lo anterior agrega el problema demográfico, donde el porcentaje de la población de sesenta y cinco años o más será del 16% en 2030, mientras que en 1980 era del 5%. El tercer factor lo ubica en que en 1990 tres de cada cuatro chinos vivían en el campo y hoy el 45% vive en ciudades, y en 2030 esta cifra podría elevarse al 70%, o sea 900 millones de personas, lo cual constituye la estrategia de desarrollo más ambiciosa de China, a fin de poner al mercado interno, en lugar de las exportaciones, como el gran motor de su desarrollo. Este traspaso involucra trasladar a una población rural parecida a la población total de Estados Unidos (250 millones de personas) a vivir en las ciudades, con todo el reto y el gasto que involucra en temas de infraestructura, gasto social, generación de empleo, etc. (Ferguson, 2012, págs. 419,420).

Como puede apreciarse, hoy lo que sobran son fundamentos o razones para que tanto los apologistas o detractores de China o de Estados Unidos construyan sus respectivas teorías o hipótesis. No obstante, lo que no puede negarse es que estamos frente a la presencia de un claro debate por la supremacía económica y política entre estos dos países; el cual se ha venido desarrollando los últimos treinta y cinco años de una manera atípica y soterrada; descomponiéndose en sus

términos durante la última década; complicación que seguramente nos seguirá sorprendiendo a lo largo de la primera mitad del siglo XXI.

En este cadencioso baile de mascarar, iniciado en su última etapa a partir del ascenso de Deng Xiaoping en 1978 y la apertura China de 1979, no cabe duda que el que ha impuesto el ritmo del baile ha sido China, a pesar de que su nivel económico, militar y tecnológico ha sido inferior al poder acumulado de E.U.; el cual de 1945 a la fecha ha mantenido el mayor poder militar y económico del mundo.

China, con base a una experiencia milenaria, en todo momento ha dominado su relación diplomática con Estados Unidos. A través de símbolos, signos, señales a distancia, golpes en la mesa, amenazas, discursos a modo etc.; salvo en casos de excepción, China ha sabido sacar el mejor provecho de este encuentro. Como señalan los propios chinos: al principio, cuando “querían ser amigos del lobo”, el discurso era tenue, modesto, amable, sin sobresaltos; sin aperebir al lobo de que China, bajo una aspiración histórica, aspiraba a ser el lobo. Al respecto decía Deng Xiaoping en su estrategia de los 28 caracteres, que la política china en ese momento decía concentrarse en “observar y analizar con calma, asegurar nuestra posición; hacer frente a los asuntos con tranquilidad, ocultar nuestras capacidades y esperar el momento oportuno, ser bueno en mantener un perfil bajo, nunca liderar la reivindicación, llevar a cabo operaciones de carácter modesto” (Cardenal Juan Pablo, 2012, pág. 9). Por otro lado, para ser el lobo China siempre contó con una estrategia clara, sabiendo que necesitaba las inversiones de Occidente, su tecnología y el traspaso de sus empresas. Después tuvo muy claro que su prioridad era generar exportaciones y enviarlas al gran mercado de Occidente, el cual tenía los altos consumos que se necesitaban. Sin embargo, sus envíos debían llegar sin abrir su mercado interno a Occidente, por lo que tramito y obtuvo de Estados Unidos la autorización para comerciar bajo el beneficio de la clausula de “La nación más favorecida”. En 1994, por ejemplo, cuando Estados Unidos de manera tenue intento restringirle a China este beneficio, cuando ya llevaba 14 años de crecer al 10% anual promedio, dio marcha atrás ante una reacción solidaria de Japón y Singapur para que no se aplicaran estas restricciones; amenazando incluso el Primer Ministro de Singapur, Lee Kuan Yew, de que sí se presionaba a China “los Estados Unidos se encontrarían totalmente solos en el Pacífico” (Huntington P., 2001, pág. 272); lo cual derivó en la reiterada tolerancia de E.U. respecto al pragmatismo e informalidad china.

En lo que corresponde al manejo “histórico” de subvaluación de la moneda china, uno de sus incumplimientos más notorios respecto a los compromisos internacionales de naturaleza comercial; ante las pálidas “suplicas” de la mayo-

ría de los presidentes de E.U. para que esta práctica cambiará, un discurso todavía lacónico del primer ministro chino Wen Jiabao respondía “No sirve de nada presionarnos sobre el tipo del renmimbi. Muchas de nuestras empresas de exportación tendrían que cerrar, los trabajadores inmigrantes tendrían que regresar a sus aldeas. Sí China experimenta turbulencias sociales y económicas, sería un desastre para el mundo” (Ferguson, 2012, pág. 413). Sobre el tema, el clasicismo diplomático de E.U. en la persona de Henry Kissinger declaraba “Cuando China tenía asignado un papel secundario en la economía mundial, el tipo de cambio de su moneda no tenía más importancia; en las décadas de 1980 y 1990, a nadie se le hubiese ocurrido que el valor del yuan pudiera convertirse en tema de discusión en el debate político estadounidense...” (Kissinger, 2012, pág. 508). Bajo la “tolerante” visión de Kissinger, los 20 años de crecimiento de China al 10% anual promedio de 1980 al 2000, o sea, 240% más de valor bruto de incremento económico de China, no era tema de Estados Unidos. Bajo esta visión tampoco fue relevante que derivado de éste crecimiento, China pasará de ocupar la posición número treinta de la exportación internacional en 1980, a ser la sexta nación exportadora del mundo antes de entrar a la OMC en 2001, y ahora ser la primera.

China siempre ha contado con una agenda clara sobre lo que pretende de E.U.; la cual la ha venido desahogando exitosamente de 1979 a la fecha. Al contrario de esta posición, E.U. no acaba de entender a China, no sabe lo que quiere de ella; y ahora frente a la sorpresa de un poder en ascenso que amenaza con rebasarlo en términos de PIB en cuatro u ocho años; E.U., sigue sin estructurar una estrategia suficiente que le permita sostener su hegemonía; salvo la nueva apuesta que ya se comentó respecto a su nuevo potencial en materia de hidrocarburos; la cual más que una estrategia, es la esperanza de que estas nuevas reservas de hidrocarburos vengán a resolver un problema para el cual no tenían una respuesta suficiente.

Cuando en la 1ª década del siglo XXI se le preguntaba a los especialistas chinos cuál había sido su mejor presidente, no con poca sorna contestaban que había sido George W. Bush. En esta última etapa de Hu Jintao-Obama, Xi Jinping-Obama, China cuenta con la ventaja nuevamente de alternar, hasta el día de hoy, con un presidente norteamericano que no ha sabido con claridad quién es China, que no la entiende, que no sabe que quiere de ella. Al respecto apunta Loretta Napoleoni “A fines de 2009, Barack Obama visitó China”; “El encuentro de los dos presidentes estuvo lleno de ambigüedades, la descripción de los principales términos de la relación fueron los mismos que han prevalecido entre Washington D.C y Beijing”. “Uno tuvo la impresión a lo largo de la breve visita que Obama estaba negociando sobre cáscaras de huevo. El midió sus palabras, y aunque

se armaba de su clásica jovialidad, el siempre mantuvo una distancia con su interlocutor, Hu Jintao”(Napoleoni, 2011, pág. 179).

La anécdota se ha convertido en historia, y lo que aparece hoy es la realidad de dos naciones poderosas económicamente; líderes de dos grandes civilizaciones; que tienen ante sí el reto de validarse ante sí mismas; pero de manera más importante, de liderar el futuro de un mundo global que a diferencia de los siglos XIX y XX no tiene mucho margen de maniobra para mantener su sustentabilidad. Diez mil millones de personas en el 2050 estarán esperando que en estas cuatro décadas que faltan lo que prive sea la sensatez de dos líderes globales que entiendan que este siglo, a diferencia de los que nos antecedieron, no puede pertenecer a una sola potencia o civilización; que reclama de nuevas maneras de entendimiento internacional para que sobreviva la raza humana. Lo anterior resulta relevante porque en el marco de esta competencia económico-político, de sus reacomodos y desplazamientos; por el lado occidental, tanto Huntington como Kissinger, con base a los hilos de la historia, nos hablan de la posibilidad de un conflicto bélico originado por el “choque de civilizaciones” o la falta de madurez de los hegemones para administrar el espacio del dominio común. Por otro lado, desde la perspectiva China, Sang Xiaojun y Liu Mingfu, desde el resentimiento, la humillación y un ánimo de revancha, ya hablan de que “El país debe prepararse, militar y psicológicamente, para luchar y vencer en una contienda por la preeminencia estratégica”(Kissinger, 2012, pág. 521).

El tema China-Estados Unidos es de la mayor trascendencia para la comunidad internacional, la cual debe reclamar su derecho, en esta aldea global, para mediar en este reacomodo que no tendrá reposo las próximas décadas, entre hoy un inseguro hegemón norteamericano que representa a Occidente y un impulsivo y resentido hegemón asiático, como el líder de la reivindicación de Asia del este; ya que como señala Mishra, nadie ganará si nos equivocamos: “Condenar al medio ambiente a su pronta destrucción, o la creación de reservas de nihilistas furiosos y decepcionados entre cientos de millones que no tienen nada, sería un amargo resultado tanto de la victoria de la modernidad occidental, como de una ambigua y oscura revancha asiática, todas estas victorias serían pírricas”(Mishra, 2012, pág. 310).

En este marco referencial China- Estados Unidos, que va desde la rivalidad económica hasta la “posible” contienda bélica durante la 1ª parte del siglo XXI, es que se presenta la firma y operación del TPP. Como se desprende de la importancia de los extremos en los que se ubica, el análisis de su firma no puede agotarse en un simple tratado de libre comercio. El TPP, ante la dimensión de su referencia histórica, aparece como una pequeña cáscara de nuez sujeta a los vaivenes de un mar que no domina.

IV. Fortalezas e integración de Asia del Este- Asia Pacífico

La propuesta del Acuerdo de Asociación Transpacífico, en su integración asiática, comprende cuatro países de la región Asia-pacífico (Brunei, Malasia, Singapur y Vietnam) a los cuales se agrega uno más de Asia del este que es Japón; así como dos naciones de Oceanía que son Australia y Nueva Zelandia.* Sin embargo, a remedo de su propia geografía, la zona es un archipiélago de culturas y naciones que desde su origen ha generado múltiples expresiones que involucran el mayor número de civilizaciones en una sola zona geográfica como son la China, India, Japonesa, Musulmana y Rusa.

La región la han determinado por varios milenios las culturas India y China, pero la japonesa, musulmana y la rusa en su vertiente asiática, también han contribuido al crisol de lenguas, religiones, culturas y hegemonías que han prevalecido a la fecha. Como ya se comentó, el auge de estas civilizaciones que influyeron y controlaron a la mayoría de las diferentes expresiones culturales de la zona, a partir del siglo XVI iniciaron un periodo de decadencia que propicio que fueran sojuzgadas paulatinamente por las hegemonías marítimas de la época como Portugal, España, Holanda, Inglaterra, Francia, Rusia, etc.; lo cual redundo tanto en un mestizaje de culturas; como a que la economía occidental prevaleciera en la región por medio milenio, hasta mediados del siglo XX, que inició un proceso de emancipación que bajo diversas formas ha ido permitiendo la recuperación política y económica de las naciones de Asia del este.

Durante mucho tiempo la importancia asiática se perdió en la inauguración de un mundo global que por un lado se instaló en la visión del vencedor; y por el otro, el ruido que hacia el éxito de una sociedad occidental en apogeo, propicio que los diferentes países no asiáticos no se preocuparan mucho por saber que pasaba del otro lado del pacífico, salvo aquella erudición que todavía recordaba las raíces profundas del árbol cultural asiático. Durante mucho tiempo a Occidente se le olvido que existía Asia.

Asia del este no es un tema nuevo, es un tema tan viejo como el ser humano, que en lo cultural, como ya se comentó, durante 500 años perdió el liderazgo con Occidente; y en lo económico, durante cerca de dos siglos fue rebasado por la generación de riqueza de una Revolución Industrial de cuyo inicio no formo parte. El encerramiento que cultivó la mayor parte de su producción cultural y riqueza económica por más de dos milenios, fue la misma causa que privó a China, a India y a la zona en general, de ser parte del proceso acelerado de in-

* Algunos autores por razones de interacción económica, también los ubican en Asia del este.

vención e innovación tecnológica que trajo consigo el proceso global preindustrial en el siglo xv y el industrial en el siglo xviii. Por ello, ante el resurgimiento de la región con base a su nuevo auge económico, resulta conveniente no olvidar que el nuevo diálogo no es solamente con las exportaciones, importaciones o inversiones de 17 países de Asia del este, ó 10 naciones de Asia pacífico. Conviene tener presente que junto con los incrementos de PIBS van germinando los nuevos usos y costumbres, visiones y reivindicaciones de cinco civilizaciones que quieren recuperar un posicionamiento transeconómico.

A mediados del siglo xx, Asia del este ya vivía el avasallamiento occidental a través de sus incursiones militares, sus inventos, sus instituciones, su orden jurídico internacional, su cultura, etc. No obstante lo anterior, es precisamente desde esa fecha que se dan los primeros antecedentes del proceso de recuperación económica, a través de un mestizaje de estrategias que de diversos modos han prevalecido al día de hoy. Bajo el impulso del primer movimiento reformador exitoso en Asia, el de la dinastía Meiji, en 1868 dio inicio la gran transformación de Japón en el marco del agobio de sus contradicciones internas y de la injerencia occidental, que de múltiples maneras lo asediaban para imponerle condiciones; como el caso del comodoro norteamericano Matthew Perry, que en 1852-54 obligó a Japón a abrirse a Occidente a través del Tratado de Kanagawa, rompiendo el tradicional encerramiento japonés que también practicaba China. Ante la fuerza de la realidad del momento, a diferencia de la India que se somete a Occidente, y de China que se enfrenta a Occidente, Japón decide asimilarse a Occidente; copiarlo a su manera y desarrollar las cualidades del adversario. En palabras de su reformador Yukichi Fukuzawa, el cambio de Japón lo podríamos entender como “escapar de Asia e integrarse a Europa” (Mahbubani, 2002, pág. 134). Bajo este enfoque, Japón se enfrasca en un largo proceso de asimilación occidental, cambiando su orden legal a semejanza del europeo y transformando parte de sus instituciones con ese ejemplo, lo cual ocasionó la envidia de sus vecinos, como el caso de China, que en la misma época y ante la decadencia de su imperio llegó a debatir la posibilidad de seguir el ejemplo Meiji. De los cambios operados por Japón sobresalen dos decisiones que han prevalecido hasta la fecha; la primera, que fue detectar oportunamente que era el factor tecnológico industrial el que estaba diferenciando el resultado de las dos civilizaciones; y el segundo, mantener e integrar el poderoso papel del Estado asiático dentro del proceso económico occidental, a fin de potenciar los resultados económicos. El primero de ellos sigue manteniendo a Japón como la tercera potencia industrial en el mundo; y el segundo, se esparció por toda Asia del este como un modelo a seguir en las diferentes etapas de encuentro y competencia económica que desde el siglo xix viene sosteniendo con Occidente. En este sentido puede decirse que los asiáticos han leído a Adam Smith a “su modo” y que lo han

interpretado en su momento a la conveniencia de sus respectivos intereses. Sobre el notable éxito de Japón comenta Frieden “La restauración Meiji de 1868 puso fin al poder militar de los señores feudales del shogunato. El nuevo gobierno imperial pretendía la modernización económica mediante la participación plena en la economía mundial. Incorporó ávidamente la tecnología y el capital extranjero, y al cabo de unos pocos años el país estaba exportando con éxito a los mercados europeos” (Frieden, 2007, pág. 90).

La asimilación japonesa a la economía occidental fue tan exitosa, que ya a fines del siglo XIX y hasta 1945 en una primera etapa; y de los cincuenta hasta el día de hoy en la segunda, el país asiático se convirtió en una de las potencias industriales del mundo; pero de manera relevante su “Know How” permeó en los múltiples países de Asia del este en un efecto dominó, de osmosis industrial, que ha dado pauta a que hoy la región este considerada como la nueva “fabrica del mundo”. En su primera fase, los buenos resultados del proceso japonés lo llevaron a convertirse no solo en una potencia económica mundial (mientras China no podía encontrar el reacomodo de su camino en una nueva sociedad global e India se encontraba sometida a la hegemonía inglesa en una depauperización llevada al extremo) sino también en el eje militar regional que lo impulsó en su momento a invadir a China, Formosa (Taiwan) y Corea, y a enfrentarse a la propia Rusia; y después, como se sabe, a retar a los propios Estados Unidos, y como el comodoro Perry, bombardear Pearl Harbor para sucumbir finalmente en su derrota militar en 1945. Pero en el segundo tramo (1950-2013) y repitiendo el camino del éxito ya aprendido, el gobierno japonés, con la ayuda de Estados Unidos (500 millones de dólares en el plan Marshall asiático) se dedicó a reproducir un modelo industrial que han seguido después de Japón: China, Taiwán, Corea del Sur y la mayoría de los países de Asia del este, al dar prioridad al desarrollo tecnológico industrial bajo un modelo económico pragmático y heterodoxo, con una permanente participación del Estado. Nos dice nuevamente Frieden “Los industriales japoneses actuaron con rapidez en la adopción de tecnologías desarrolladas durante los treinta años anteriores, saltándose las fases intermedias para lanzarse directamente a la fabricación de las últimas novedades y haciendo un uso intensivo de una fuerza de trabajo muy ejercitada y barata. Durante las décadas de 1950 y 1960 las empresas japonesas gastaban entre una cuarta parte y la mitad de su presupuesto de investigación y desarrollo en la compra de tecnología extranjera. Sony, por ejemplo, nació en 1946 como un taller de reparaciones y lo primero que fabricó fue una cacerola eléctrica para cocinar arroz que no funcionaba bien. Durante los siguientes años hizo copias baratas de las grabadoras magnetofónicas que los ocupantes estadounidenses habían llevado consigo a Japón. En 1953 obtuvo una licencia de Western Electric para producir los transistores inventados reciente-

mente en los laboratorios Bell. Con ellos montó su primera radio de transistores - la segunda del mundo- en 1955 y dos años después sacó al mercado una “radio de bolsillo” miniaturizada. Entre tanto, empresas como Honda – en motocicletas- y Toyota- en automóviles- imitaban minuciosamente las técnicas de producción estadounidenses para abastecer el mercado japonés.” “El gobierno japonés apoyaba a los fabricantes con reducción de impuestos, subvenciones, créditos baratos y otras ayudas”.(Frieden, 2007, pág. 369).

Al modelo japonés se le resalta desde el siglo XIX por su franca asimilación al ejemplo occidental, y en la euforia de destacar la “conversión” de este importante país asiático a la cultura de Occidente, suele olvidarse que con base a la milenaria participación del Estado y orden vertical en la vida integral del país, Japón nunca renunció a utilizar esta fortaleza en su competencia económica con los diversos países occidentales. Como señala MacFarquhar respecto a China, pero que aplica para Japón y una gran mayoría de países asiáticos “La cosmovisión China tradicional era un reflejo de la visión confuciana de una sociedad jerárquica cuidadosamente articulada”(Huntington P., 2001, pág. 280). Este tema, en el caso de Asia del este como de Asia pacífico, resulta de la mayor importancia, porque Occidente lo ha “olvidado” tanto en el análisis como en la negociación, sobre todo a partir del nacimiento de la normativa comercial internacional de 1947 y 1994, respecto de la cual Asia del este, en lo general, ha mantenido una interpretación unilateral y una práctica ventajosa que dio inicio desde la primera implementación del modelo japonés, misma que se ha perpetuado de diferentes modos y bajo diversas intensidades hasta la presente fecha. Sobre esta tolerancia o importancia de Occidente respecto a hacer prevalecer una normativa internacional en su intercambio económico con Asia del este, a manera de ejemplo detalla Huntington, “... los reiterados conflictos entre los Estados Unidos y Japón sobre cuestiones comerciales respondían a una modalidad en la que los Estados Unidos planteaban exigencias a Japón y amenazaban con sanciones si éstas no eran atendidas. A continuación se mantenían negociaciones prolongadas y después, en el último momento antes de que las sanciones entraran en vigor, se anunciaba un acuerdo. Por lo general, los acuerdos estaban redactados de forma tan ambigua que los Estados Unidos podían cantar victoria de forma genérica, y los japoneses podían cumplir o no cumplir el acuerdo según quisieran, y todo seguía como antes”. Cuando en algunos casos había más presión de parte de E.U, e intentaba la imposición de cuotas de mercado a los productos nipones, abunda Huntington “...prácticamente todos los países asiáticos desde Australia a Malasia y Corea del Sur se solidarizaron con Japón en su resistencia a la exigencia estadounidense de objetivos numéricos para importaciones” (Huntington P., 2001, pág. 272).

Japón los últimos 145 años (con sus importantes interrupciones) pero Taiwán, Corea del Sur, Singapur y de manera relevante por las consecuencias de su proceso, China; así como la mayoría de los países asiáticos del este, desde la segunda parte del siglo xx han venido reproduciendo a su modo, con todo éxito, la experiencia japonesa, la cual ha influido de manera importante en el demérito económico de Occidente los últimos 60 años. Latinoamérica, por su lado, en los últimos veinte años perdió más de 20 puntos en cuanto a su participación en el valor agregado manufacturero mundial, los cuales fueron ganados por Asia del este.

El caso de China es un tema tan comentado en cuanto a sus prácticas heterodoxas, como huérfana la propuesta para la aplicación de medidas de homologación. El pragmatismo chino nunca ha tratado de engañar a nadie; se definió públicamente desde sus inicios y Occidente se “aprovechó” de él, creyendo que sus resultados no tendrían la repercusión que ahora se vive. La heterodoxia china como se comentó, nace desde 1979, con la visión de un nuevo proyecto económico cuyo objetivo central era la búsqueda de un desarrollo que pudiera resolver las ingentes necesidades sociales de más de 900 millones de seres humanos. Deng Xiaoping, a principios de los ochenta, dejó muy en claro que los objetivos del nuevo modelo eran cumplir con los satisfactores elementales del pueblo chino. La urgencia de China en los ochenta, era la de no regresar a una época en la que millones de chinos murieron de hambre, por lo que Deng exhortaba a su pueblo diciéndole “tenemos que ser más audaces que antes, para llevar a cabo la reforma y la apertura al exterior y tener el valor para experimentar”. Para tal efecto, desde principios de los ochenta tenía claro el camino a seguir: “actualmente hay dos modelos de desarrollo productivo. En la medida en que cada uno de ellos sirva a nuestros propósitos, nosotros haremos uso de él. Si el socialismo nos es útil, las medidas serán socialistas; si el capitalismo nos es útil, las medidas serán capitalistas”; y en medio de esta nueva heterodoxia, declaraba para no dejar espacio a ninguna duda: “no existen contradicciones fundamentales entre el socialismo y la economía de mercado” (Oropeza García, México-China: Culturas y Sistemas Jurídicos Comparados, 2008, págs. 447-450). El traslado de riqueza de Occidente a Asia, y en particular a China, ha sido parte de una mecánica en la que no ha habido desconocimiento. China declaró públicamente su oferta de producir bienes a bajo costo (basadas en una política de precarización laboral, sin coberturas sociales y sin protección del medio ambiente) desde principios de los ochenta, a través de un modelo heterodoxo, para resolver los problemas de alimentación del pueblo chino; oferta que como ya se dijo, Occidente aceptó como un tema de “oportunidad”, generando con ello una guerra de producción en busca del costo más bajo, en la que el mundo económico perdió su cordura y sensatez y el camino que había avanzado en los últimos 60 años en lo que respecta al

andamiaje económico del nuevo mundo global. Cuando se colocó el “porvenir de la población mundial” en el bolsillo de los consumidores globales, el mundo económico perdió el sentido común y la responsabilidad social. Cuando los países colocaron el “interés nacional” en la compra más barata de sus clases medias, sin importar el “como”, las naciones perdieron el control y la estabilidad de su desarrollo. De 1979 a 1987 se aprobaron en China un número aproximado de 10 mil proyectos de inversión con una participación extranjera de aproximadamente 2 mil millones de dólares. De 1988 a 1991 se intensificó el interés y se autorizaron aproximadamente 30 mil proyectos de inversión con cerca de 3 mil millones de dólares. En el final de 1991 se aplicaron ambos indicadores para 42 mil proyectos de inversión, con más de 5 mil millones de dólares. Al 2000, se encontraban en China 200 de las 500 empresas multinacionales más importantes del mundo con capital estadounidense, japonés, alemán, francés, taiwanés, etc., (Oropeza, China entre el reto y la oportunidad, 2005, pág. 102). Este capital fue fluyendo, a través de la estructura económica montada sobre las Zonas Económicas Especiales (ZE-Es), las cuales dentro de su estrategia de atracción de capitales manejaron una política fiscal heterodoxa (dumping fiscal), que estratégicamente administrada para su desarrollo exportador o de alta tecnología, comprendía estímulos que iban desde la exención total del pago de impuestos sobre la renta (ISR), hasta reducciones y preferencias tarifarias del 10 % del ISR; así como reembolsos fiscales del 40% al 100%, y tasa 0 para importaciones tecnológicas (Oropeza, China entre el reto y la oportunidad, 2005, pág. 300). De igual modo, en el tema monetario (dumping monetario), China manejó desde el 1o. de enero de 1994 hasta el 22 de junio de 2005, una paridad fija de 8.28 yuanes, como un apoyo heterodoxo de política pública para la facilitación y expansión de sus exportaciones. Esta política, a pesar de las impugnaciones de algunos países desarrollados como Estados Unidos, se manejó de manera sostenida por más de once años, y aunque en 2005 inició un periodo de ajuste (20% aproximada a 2010), a insistencia de las “presiones” occidentales, China sigue manteniendo una política monetaria a modo (40% de subvaluación, CEPAL, 2011) como una estrategia de apoyo de sus exportaciones a todo el mundo. En lo que respecta a su “dumping comercial”, dice Oded que más allá del progreso considerable que se registra en algunas áreas, las violaciones son abundantes y que éstas ya no pueden ser atribuibles a problemas de implementación. (Oded, 2005, págs. 167-168). De igual forma se denuncia que la transferencia de tecnología continuamente es usada como una condición para la aprobación de inversiones o para el otorgamiento de incentivos; y se lamenta que se haya cancelado la cláusula que le negaba a China todo tipo de presiones de esa índole, en el proyecto original de adhesión a la OMC. Sin embargo, es el tema de propiedad intelectual donde se siguen dando las principales críticas

al comercio chino, en relación con los compromisos firmados con la OMC. Aquí vale la pena subrayar que la “expropiación tecnológica”, como la llama Fishman, es una política consubstancial del modelo chino de desarrollo y ha sido parte de las estrategias de su crecimiento a partir de sus inicios. Desde la copia del modelo maquilador que conociera en México a finales de los setenta, hasta la apropiación y desarrollo de la nueva tecnología china de los años ochenta, noventa e inicios de este siglo, sobre el tema de violaciones a la propiedad intelectual, siguen presentándose innumerables casos que pasan por el sector de la industria farmacéutica, la electrónica, la de confección y el sector automotriz. Finalmente, en este terreno de la heterodoxia económica no puede dejarse de lado el importante tema del deterioro ecológico Dumping Ecológico, donde autores como Pang Zhonying hablan de la enorme “deuda ecológica” de China, causada por algunas facetas de su éxito económico (Oropeza, BRICS: El difícil camino entre el escepticismo y el asombro, 2011, págs. 156-160).

Al igual que con Japón, tanto Estados Unidos como Europa, desde los noventa, han estado “presionando” a China para que cumpla con la normativa internacional en temas como la subvaluación de su moneda, los derechos de propiedad intelectual, intervención del Estado, etc.; pero este diálogo al igual que con Japón en el pasado, nunca ha arrojado resultados que se correspondan adecuadamente a la normativa del comercio internacional. Los países no occidentales como los latinoamericanos, en este sentido han tenido que lidiar no solo con el “pragmatismo” o mercantilismo seguido por Estados Unidos y Europa en el tema agrícola; sino que también han tenido que participar en un juego de espejos donde se ha aceptado la participación a modo de los diferentes países asiáticos con una política de comercio internacional heterodoxa; mientras que la mayor parte de América Latina se ha esforzado por ser el alumno (¿único?) más aventajado; destacando en este último grupo la posición ortodoxa de México.

La “adecuación” al modelo económico occidental por parte de Asia del este no se ha limitado a imponer una visión estatista, vertical y pragmática en el centro de su desarrollo; junto con estas políticas, desde 1950 desplegó una estrategia de industrialización substitutiva de importaciones (ISI) que llevó a la región a generar un mayor número de fortalezas económico-comerciales. El proceso substitutivo de importaciones que siguieron algunos países de Asia del este como India, Corea del Sur, Taiwán, etc., junto con países de América Latina y algunas otras naciones; aprovechó la oportunidad que generó el conflicto bélico de la Segunda Guerra Mundial en cuanto al tema de la producción industrial para dar inicio a un proceso de transformación que ayudaría a disminuir sus fuertes compras del exterior, bajar la dependencia histórica que registraban de Europa y Estados Unidos en este segmento, e iniciar un camino de desarrollo económico propio. Este proce-

so en una primera etapa logró el despegue de la producción industrial de estos países; así como su inserción dentro de una cultura de industrialización que se había iniciado en el mundo en el siglo XVIII con la aparición de la Primera Revolución Industrial, en la cual no habían participado debido a su dependencia de las hegemónicas occidentales. Sin embargo, a diferencia del proceso ISI seguido por América Latina, las naciones asiáticas le dieron un giro estratégico a este proceso, orientando la mayor parte de su producción al mercado externo, pasando de la ISI a una industrialización orientada hacia la exportación (IOE), lo cual fue un gran acierto en el marco de la posguerra ante la preferencia de compra que mantuvo Estados Unidos después de 1945 sobre productos provenientes de Corea del Sur, Taiwán, Japón, etc., por razones de coyuntura política. Como un ejemplo de lo anterior puede mencionarse que para 1973 Corea del Sur exportaba ya el 41% de su producción industrial y Taiwán el 50%, frente a exiguas exportaciones del 2% y del 3% que en la misma época realizaba América Latina. No obstante este importante giro de estrategia económica seguida por Asia del este, la participación del Estado se mantuvo en primera línea en todo momento; de igual modo que siguieron aplicándose los estímulos y políticas comerciales heterodoxas que mantuvieron competitivos sus productos de exportación. Al respecto señala Frieden, “Los exportadores de Asia Oriental no desarrollaron economías duales con altos salarios en el sector moderno y bajos salarios en el sector informal, sino que se veían obligados a mantener bajos “todos los salarios”, a menudo reprimiendo a los trabajadores, para que sus exportaciones siguieran siendo baratas. Sus monedas estaban infravaloradas para mantener la competitividad, limitando la capacidad de compra de las clases obrera y media. La política macroeconómica conservadora permitía una baja inflación pero también conllevaba que los gobiernos proporcionaran poca seguridad social” (Frieden, 2007, pág. 466).

Otro de los componentes que han sido determinantes para que Asia del este-Asia-pacífico se presenten hoy como “la fábrica del mundo”, y como una región cada vez más integrada económicamente, ha sido que el éxito japonés de posguerra, por su dimensión, tuvo que ser compartido con los países de la zona dada la imposibilidad de Japón de cubrir tanto los insumos como las necesidades de producción de un mercado occidental que demandaba una mayor cantidad de bienes al precio más bajo, sin importarle como se obtuvieran. Como apunta Zavala sobre el Japón de 1974 “El encarecimiento del yen y el mejor acceso a los recursos naturales de la región propiciaron que la industria japonesa, que había alcanzado un rápido crecimiento una década atrás, se viera forzada a transferir sus operaciones a otros países. Conjuntamente con la ayuda oficial al exterior del gobierno japonés, la inversión privada japonesa participó en la promoción de la exportación de plantas de gran escala hacia los países de la An-

sea" (Haro Navejas & Zavala Roman, 2012, pág. 239). Este proceso, que en su última etapa que ya abarca más de 60 años de ir absorbiendo una mayor producción mundial de bienes, ante la desindustrialización occidental y la precarización asiática del factor trabajo; ha actuado a manera de vasos comunicantes como un "vaciado del desarrollo" que los países motores del crecimiento asiático como Japón y ahora China, han estado vertiendo sobre los países de la zona, bajo un patrón común adoptado por todos sus participantes; el cual ha derivado en una arquitectura comercial robusta y sofisticada que avanza muy bien engranada. Sobre el tema comentan Rosales y Kuwayama "Este incremento del comercio intra asiático ha sido motivado, en parte, por el robusto crecimiento del comercio-intraempresarial e intraindustrial, gracias a la construcción de una compleja red de cadenas de suministro de integración vertical por parte de empresas transnacionales en las que China ejerce un papel fundamental como origen y como destino" (Rosales & Kuyuwama, 2012, pág. 130).

En la dinámica de este proceso, el comercio intraregional de los países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (Asean), se aproxima al 25%, pero cuando se le suma a China, Japón y Corea del Sur (Asean+ 3, + Hong Kong, Macao y Taiwán (RAE)) la integración se escala hasta un 50%, superando al resto de los esquemas de integración salvo a la Unión Europea (65%); lo cual demuestra el alto grado de cohesión que tiene la zona en la importante tarea de producción de bienes industriales, en la que si bien China representa el 21% de las exportaciones intraregionales, absorbe el 44% de las importaciones intrazona, lo que marca la alta dependencia que la región está tomando del éxito chino (CEPAL, 2012). Dentro de este enfoque y en el marco de este grupo (Asean+3+ RAE)) la dependencia comercial intraregión que tienen los países asiáticos participantes del TPP va desde al 71% por parte de Brunei, hasta un 33% para Nueva Zelanda; pasando por 52% para Malasia, 51% para Vietnam, 49% Singapur, 51% Australia y 37% Japón (CEPAL, 2012). Toda esta sinergia ha generado que China, Japón y Corea del Sur, desde 2010 sean la primera, tercera y séptima naciones productoras de manufacturas en el mundo; que el 90% del total de las exportaciones extra región sea de manufacturas; que Asia del este abarque más del 70% del valor agregado manufacturero de los países en desarrollo; que China sea líder mundial en 9 de los 16 sectores industriales relevantes y sublíder en otros seis (CEPAL, 2012). "De esta manera, con China como núcleo, la región de Asia y el Pacífico se ha convertido en uno de los ejes principales del comercio intraregional a nivel mundial" (Rosales & Kuyuwama, 2012, pág. 132).

Frente este proceso de integración intraindustrial asiático que lleva más de medio siglo en construcción; valdría la pena preguntarse si los países americanos, y en especial los latinoamericanos, se han preparado de la misma manera para este encuentro, un 15% de integración comercial.

V. El TPP: ¿bisagra o confrontación entre China y Estados Unidos?

¿Qué quiere Estados Unidos de Asia del este?. ¿Qué pretende en la zona a través del TPP?. ¿Cómo va a encarar su competencia frente a China en la región?. ¿Cómo va a liderar la posición occidental frente a cinco civilizaciones regionales?. ¿Cuál es su posición de fortaleza para lograrlo?. Preguntas similares a las del siglo xx, donde se discutía de la lucha de hegemonías entre Gran Bretaña y Estados Unidos; o en el siglo xix, entre Gran Bretaña y Francia; con la diferencia de que en los siglos anteriores el debate se daba entre hegemonías occidentales y en este caso la competencia se refiere a potencias occidentales y hegemonías en ascenso del este de Asia.

Estados Unidos dejó en claro su interés por Asia del este desde el siglo xix, cuando a pesar de la distancia, de sus reacomodos internos y del despliegue de la estrategia “América para los americanos” (a través de la cual apuntaló su hegemonía en América Latina), desplegó toda una política de “puertas abiertas” por medio de la cual mando el mensaje a las diversas hegemonías occidentales que se disputaban Asia, que a pesar de las anteriores limitaciones, E.U. mantenía un interés hegemónico en la zona y que estaba dispuesto a pagar los costos. Con base a esta estrategia en el siglo xix participó en las intervenciones militares multinacionales contra China y en 1900 mando un contingente de 2500 soldados para unirse a las potencias europeas (Gran Bretaña, Francia, Holanda, Rusia, Austria, Hungría, Italia y Japón) que “enfrentaron” al país asiático en la rebelión de los bóxers (Crespo MacLennan, 2012, págs. 193-201); de igual modo que encabezó y logró la apertura comercial de Japón en 1852-54 a través de instancias militares; y ante el triunfo frente a España en 1898, tomó el control de Filipinas en el mismo año. No obstante lo anterior, su presencia en Asia del este durante el siglo xx estuvo llena de sobresaltos, donde muchas de las consecuencias de las decisiones geopolíticas que tomo aún siguen vigentes y hoy definen la relación de E.U. con la zona.

De manera relevante, como ya se comentó, destaca en primer término una desafortunada relación con China, a la cual, en el marco de su reacomodo social de 1911 a 1949 no supo diagnosticar adecuadamente; tanto porque en dicho periodo se dieron los conflictos bélicos más grandes de la historia en el centro del mundo occidental, como por su limitada interpretación de la idiosincrasia del pueblo chino y su equivocado acercamiento con los movimientos (comunista y nacionalista) que se confrontaban por la supremacía política del país. Esta actitud lo llevó por un lado a tomar distancia de las huestes de Mao, y en 1941 a for-

malizar un acuerdo con Chiang Kai-chek como aliado en el marco de la Segunda Guerra Mundial. Fairbank comenta al respecto “La ignorancia y el sentimentalismo norteamericano llegaron a tal punto que el presidente Roosevelt se imaginó al gobierno nacionalista llenando el vacío de poder que se crearía en Asia Oriental tras la caída de Japón”. Agregando más adelante “El desastroso irrealismo de la política norteamericana quedo muy bien ilustrado por el emisario especial del presidente Roosevelt, el general Patrick J. Hurley, de Oklahoma, un norteamericano extravagante y simplón que hace recordar a Ronald Reagan. Sus torpes esfuerzos por evitar la guerra civil a través de una mediación dieron paso a la influencia que Chiang Kai-chek ejerció sobre él. El general Hurley se opuso a todo el personal de la embajada al defender la ayuda norteamericana a Chiang contra viento y marea. Para cuando esta llegó, por supuesto, Hurley había desaparecido de esta escena, pero su política aun era seguida en Washington y provocó que los norteamericanos fueran con razón, alejados de China” (Fairbank King, 1996, págs. 394-396). Cuando en el siglo xx a E.U. le toco tomar una posición de liderazgo frente a China, no supo descifrar el árbol frondoso de su identidad, a fin de orientar la relación hacia una posición consecuente con los intereses norteamericanos. Sin embargo, si una oportunidad de control político y económico ha tenido E.U respecto a China en los últimos 70 años, ha sido en la década de los cuarenta, en la que en una posición de fuerza surgida de su triunfo militar y económico en la Segunda Guerra Mundial, tuvo la opción de haber jugado un papel más exitoso. Desde luego con China, dada su dimensión geográfica, histórica y demográfica de siempre no caben los absolutos. Al respecto acota el mismo Fairbank “La ilusión de que los Estados Unidos habrían podido forjar el destino de China, hace suponer que nosotros los americanos realmente podemos tocar el son, si lo deseamos, aún entre 475 millones de personas en los inaccesibles campos de arroz de un subcontinente situado a 16 mil kilómetros” (Morison Eliot, Commager Steele, & Leuchtenburg E., 1993, pág. 806).

Para Estados Unidos China siempre ha sido un país denso, difícil de descifrar. Tanto el presidente Roosevelt como Truman fallaron en la tarea del diagnóstico, negociación y resultados en los momentos previos al conflicto bélico de 39, durante el mismo y después de su terminación; cuando E.U. era el gran hegemon militar y económico en el mundo y China, más allá de sus fortalezas históricas, pasaba por una etapa de debilitamiento económico y social que no se resolvería bajo un principio de sustentabilidad hasta los ochenta, o sea, cuarenta años después. Este encuentro desafortunado en el siglo xx para E.U., con una de las principales civilizaciones de Asia del este, lejos de terminarse con el triunfo de la corriente comunista de Mao Zedong en 1949 tuvo un escalamiento a través del problemático conflicto de la división de Corea a principios de los cincuenta,

lo cual volvió a enfrentar a los dos países en una lucha por el control de la zona. Ante la invasión de Corea del norte a Corea del sur en 1950, E.U. y un ejército de la ya establecida Organización de las Naciones Unidas (ONU), contraatacó y replegó a los ejércitos enemigos hasta la frontera norte con China; donde nuevamente frente a la duda de qué hacer con el gigante asiático, mientras el presidente Truman y el general Mc Arthur acordaban los alcances del traspaso del paralelo 38 “Masas de soldados de la China roja estaban penetrando a través de “Yalú” en Corea. En la noche del 25 de noviembre, los “voluntarios” de Mao desencadenaron un feroz asalto. Tres días después, Mc Arthur escribió: “Nos enfrentamos a una guerra enteramente nueva”. Un ejército de más de un cuarto de millón de chinos hizo salir a las tropas de Mc Arthur del territorio que habían conquistado en Corea del Norte y las hizo retroceder a través del paralelo 38” (Morison Eliot, Commager Steele, & Leuchtenburg E., 1993, pág. 810). Con la mayor tecnología militar y casi el 50% del PIB mundial, E. U. no supo administrar ni negociar con China en los momentos cruciales de la mitad del siglo xx, perdiendo la partida tanto en territorio chino (en 1945, E.U. llegó a tener 53 mil soldados en China) como en su confrontación contra Corea del Norte. Al respecto cabe recordar que sólo cinco años antes, apenas el 6 de agosto de 1945, E.U. había hecho estallar la primera bomba atómica en Hiroshima, precipitando la rendición incondicional de Japón y desmantelando todos sus activos militares, dentro de los que liberó las posiciones tomadas a China desde 1895, entre las que se encontraba buena parte del noreste chino, el cual fue recuperado rápidamente por el ejército de Mao.

Las decisiones tomadas por Estados Unidos en Asia del este, en ese momento histórico de mediados del siglo pasado, que involucraron a Japón, China, Taiwán, Corea y Rusia, resultan fundamentales para entender una realidad geopolítica que hasta el día de hoy se sigue dibujando a la luz de las consecuencias de dichas decisiones. A los trabajos fallidos en Asia del este por parte de Estados Unidos en el siglo pasado debe agregarse de manera relevante su desastrosa guerra con Vietnam, sobre la cual también puede decirse que giró alrededor de su incompreensión de la zona y del tema chino. Partiendo de una “herencia” francesa (1954), o de una equivocación de apoyar a Francia con las guerrillas comunistas de la zona de Indochina, E.U. se quedó como el principal responsable de “detener” el avance comunista en la región, dentro de una conflagración que todavía no deja en claro los beneficios que se pretendían, pero que a todos los actores, directos e indirectos de la zona, les heredó una profunda huella sobre la peor cara del imperio norteamericano. La guerra de supuesta baja intensidad se incrementó y se alargó dolorosamente en el tiempo, donde como dice Howard Zinn “de 1964 a 1972, la nación más poderosa en la historia del mundo realizó su má-

ximo esfuerzo militar, incluyendo todo tipo de armas, con excepción de bombas atómicas, para derrotar al movimiento nacionalista revolucionario de un diminuto país de campesinos, y fracasó” (Zinn, 2003, pág. 469). El fuego cesó 19 años después de sus primeros antecedentes (1954-1973), cuando en marzo de 1973 salieron los últimos contingentes norteamericanos de Vietnam, dejando un enorme costo tras de sí “La guerra había costado 57 mil vidas norteamericanas y más de 300 mil heridos; había causado más de un millón de bajas a los asiáticos, absorbido miles de millones de dólares y causado incalculables daños a la sociedad norteamericana y a la eficacia de los Estados Unidos en asuntos mundiales” (Morison Eliot, Commager Steele, & Leuchtenburg E., 1993, pág. 889).

Estados Unidos no ha podido revertir a la fecha las tendencias marcadas en el siglo xx. Si bien ha sido en las últimas décadas la hegemonía imperante en la zona, lo ha sido porque los actores asiáticos han aprovechado la “pax norteamericana” en la región como un insumo sin costo de su surgimiento económico y comercial. Siempre que ha habido un principio de conflicto en la región después del síndrome de Vietnam, los “dientes” asiáticos de Japón o ahora China, han prevalecido sobre las presiones norteamericanas. Por ello Mahbubani no duda en afirmar que “Estados Unidos es asimismo una potencia excepcional, quizá la gran potencia más benévola de la historia. Más allá de sus intentos colonialistas en Filipinas y Cuba, en general no ha tenido propósitos expansionistas” (Mahbubani, 2002, pág. 167).

Estados Unidos mantiene con China una relación distante, cautelosa; la de un domador que cada vez que toca al tigre le lanza un gruñido y lo devuelve para atrás, sin acabar de saber cómo relacionarse con el tigre. Lo anterior contrasta con una postura de reivindicación permanente por parte de China, la cual ha transitado de una posición “cautelosa” durante su apertura económica de 1979 a 2000, como ya se señaló, a una franca competencia a partir de su “renacimiento económico” (2000-2013). En el marco de esta relación, China ha pasado de contar con un PIB en 1980 de apenas 303 mil millones de dls, a registrar en 2012 la extraordinaria cifra de 8 billones de dls. En el mismo periodo, E.U. ha pasado de una cantidad de 2.8 billones de dls, a una cifra de 16 billones de dls (FMI, 2012). Los números hablan por sí mismos sobre los dividendos que ha generado cada país durante el periodo; dentro del cual la distancia económica que había entre Estados Unidos y China se ha reducido de 10 veces a una vez a favor del país asiático.

En cuanto a Taiwán, también un tema inconcluso de la participación norteamericana a mediados del siglo xx, se mueve en una posición cada vez más incómoda para cada uno de sus participantes: para el propio Taiwán, porque sabe que el PIB chino, once veces más grande que el suyo, además de ser una barrera insalvable, es una motivación para allegarse de una integración más ventajosa;

para China, porque su empoderamiento le avisa que el regreso de la isla es solo una cuestión de tiempo, y que día a día avanza en la toma de la economía y del comercio de Taiwán; para Estados Unidos, porque la defensa de la antigua Formosa se ha convertido en un tema cada vez más incómodo y costoso para los intereses norteamericanos, aunque desde luego, la isla seguirá siendo una ficha de cambio en el tablero de ajedrez en que se ha convertido Asia del este.

En el caso de Corea, E.U. todavía acusa los efectos de una estrategia equivocada que tomo en los cincuenta, ante la amenaza pública y permanente de una Corea del norte que solo habla con China, y que mantiene una posición de jaque permanente que incómoda a E.U. y lo limita para la toma de alternativas. La gemela Corea del sur, si bien sigue amparada en el manto protector que le ofreció E.U. en su enfrentamiento con el norte, poco a poco sus intereses se han ido trasladando a China, la cual se ha convertido en su socio comercial más importante; donde Corea es el quinto inversionista a través de la instalación de más de 10 mil compañías coreanas en territorio mandarín y con el mayor número de estudiantes extranjeros en el país asiático.

En cuanto a Japón, la determinante relación de tres puntas Beijing, Tokio, Washington ha escalado a su punto más relevante, y la geopolítica de la zona y fuera de ella mantiene su mayor atención sobre el desdoblamiento que seguirá cada una de las partes, el cual estará marcando la ruta de la primera parte del siglo XXI en la zona y en el mundo. Japón, como sabemos, “huyo” de Asia desde el siglo XIX y se asimiló al modelo ganador occidental en sus diferentes vertientes; con tal éxito que en poco tiempo se convirtió en una potencia industrial que lo llevó a ser una potencia militar y junto con Alemania e Italia intentar en 1939 la aventura de redistribuir el mundo. A partir de la posguerra, los últimos 60 años, Japón ha orbitado alrededor de E.U. como parte de los costos de su derrota y de sus compromisos de posguerra; así como de la conveniencia de no cargar con distracciones presupuestales de un gasto militar que con base al Tratado de Seguridad Mutua (TSM) que tiene firmado con E.U., el país norteamericano mantiene una base militar estratégica en Japón. También lo hace porque en el marco de los acuerdos de su capitulación, E.U. lo orilló a comprometerse constitucionalmente a que “el pueblo japonés renunciará para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación” (Morison Eliot, Commager Steele, & Leuchtenburg E., 1993, pág. 808). Sin embargo, ante el vertiginoso avance chino, Japón ha dejado de ser el poder económico de la zona, con el agravante de que desde 1945 dejó de ser el poder militar, lo cual mina su posición justo en el centro de su estructura, porque ni Japón ni E.U. se prepararon para llegar a este momento, en el que Japón, al pasar al tercer lugar de la economía mundial y China, en poco años, muy probablemente al primero, el país nipón tendrá que recomponer el “cómodo” camino porque el

que había transitado de ser el líder económico de Asia del este y socio estratégico del poder militar más importante del mundo, para contestarse ¿de qué manera va a articular su posición económica regional en el siglo XXI?; ¿cómo va a estructurar su relación geopolítica con China?, y en consecuencia ¿cómo va a renegociar su relación de más de medio siglo con Estados Unidos?; dilemas todos de respuestas no fáciles, porque tanto China como la nación norteamericana lo estarán presionando para alinearlos a sus propias posiciones; que visto el manejo de fichas de ambos contendientes, hoy no parecen conciliables. China, por su lado, desde 2004 viene presionando a Japón para que formalice un acuerdo de libre comercio con los 10 países de la Asean y Corea del Sur, para formar el bloque económico llamado Asean +3, el cual representaría el 21% del PIB mundial y 30% de la población total del mundo (año 2009, CEPAL); sin embargo, a pesar de que Japón ya formalizó su esquema de alianza comercial Asean +1; hasta la fecha, sin negarse, sigue reportando el status del proyecto en “estudio de factibilidad”, con lo cual ha venido retrasando su integración formal con China. Estados Unidos por su parte, también presiona fuertemente a Japón para que se integre al Acuerdo de Asociación Transpacífico, contra oferta de Asean. +3, a fin de fortalecer su bloque regional en Asia del este, lo cual lo ha conseguido al integrarse Japón, en una primera instancia, a las reuniones preparatorias del TPP en Malasia, celebradas en julio de 2013. Japón, convertido en la joya de la corona, con su decisión estará ayudando a definir al ganador del primer round de esta contienda. Rosales comenta “La firma del tratado de libre comercio entre los Estados Unidos y la República de Corea incentiva al Japón a retomar las negociaciones suspendidas sobre un tratado similar con la República de Corea y a avanzar hacia un eventual acuerdo en el ámbito del Acuerdo de Asociación Transpacífico. Si se logran progresos sustantivos hacia la concreción de estas iniciativas transpacíficas entre los grandes actores, se alteraría el equilibrio de poder económico y comercial no solo entre China y el Japón en la esfera de Asia y el Pacífico, sino también entre China y los Estados Unidos, y cambiaría sustancialmente el panorama de integración de Asia y al Pacífico. Si el Japón optará por participar en las negociaciones del Acuerdo de Asociación Transpacífico, se afectaría mucho la posibilidad de lograr un acuerdo comercial entre los tres países principales de Asia”(Rosales & Kuyuwama, 2012, pág. 199). A partir de la aceptación inicial de Japón en integrarse al TPP al acudir a Malasia, se está construyendo por Estados Unidos, después de una larga deriva, un principio de estrategia para competir a China en el terreno económico y geopolítico. No obstante la trascendencia de la integración de Japón a las negociaciones TPP, vale la pena seguir de cerca el desenlace de este encuentro y no perder de vista el comentario de Huntington que advierte que “Idealmente, los líderes y el pueblo japoneses preferirían sin duda el régimen de las últimas décadas y permanecer bajo

el brazo protector de unos Estados Unidos predominantes. Sin embargo, a medida que la implicación de los E.U. en Asia decrezca, las fuerzas que en Japón instan hacia la “reasiatización” de Japón ganarán en fuerza, y los japoneses llegarán a aceptar como inevitable el renovado dominio de China en la escena del este asiático” (Huntington P., 2001, pág. 283).

Como puede apreciarse, la relación del Atlántico con el Pacífico se presenta en el siglo XXI como un proceso no aterciopelado, dentro del cual, a la fecha, prevalecen más sus diferencias que sus coincidencias. La relación E.U-China, por más que intenta un discurso civilizado, la diferencia de sus intereses políticos y económicos ya no puede ocultarse a la vista de la comunidad internacional. En este marco geopolítico de enorme transformación nos volvemos a preguntar ¿qué pretenden los Estados Unidos a través del liderazgo y promoción del TPP en el patio central de China, sin China?; ¿es una propuesta para que el TPP actúe como bisagra entre estas antípodas? ¿o es un caballo de Troya colocado por E.U. en la región como un primer movimiento dentro de una estrategia integral de enfrentar el reto de una China poderosa? En cualquier caso, resulta evidente que la “tolerancia” de E.U. se está agotando.

Desde 1999 a la fecha, el saldo comercial de Estados Unidos con China ha sido deficitario, registrando 13 años de pérdidas continuas con saldos negativos anuales que a partir de 2005 superaron los 200 mil millones de dls. De 2005 a 2010 la pérdida comercial acumulada de E.U fue de 740 mil millones de dls. Sin embargo, en esta marcada tendencia de pérdidas no solo esta E.U., sino que participa todo Occidente, donde la Unión Europea en el mismo periodo registró un déficit comercial con China de 575 mil millones de dólares. Sin embargo las pérdidas comerciales de Occidente con China (en las cuales participa México en importante medida con 56 mil millones de dólares en 2012) no obedecen a un principio clásico de competitividad con el que China haya superado a Europa y a Estados Unidos; de hecho, en el ranking mundial de competitividad China sigue apareciendo significativamente arriba de los puestos logrados por la U.E y E.U. (6º lugar Alemania, 10º lugar Inglaterra, 15º lugar E.U y 26º lugar China, The Global Competitiveness Report (2012-2013)), por lo que las ventajas con las que China ha venido dominando el mercado mundial de bienes no ha sido bajo el parámetro de las “virtudes” competitivas que marca la OCDE, el FMI o el BM; ni con las reglas a la facilitación al comercio que mide el World Economic Forum (2012), donde los países occidentales siguen teniendo mejores posiciones que China (13º lugar Alemania, 19º lugar Estados Unidos, 48º lugar China, etc.); ni mucho menos en la red “estratégica” de acuerdos de libre comercio que china hubiera tejido con el mundo, en la que también encontramos que a 2011 China registraba un coeficiente de cobertura de apenas 11% (CEPAL,

2012), o sea, que el 89% de sus exportaciones carecían de las ventajas arancelarias y comerciales que brindan los países con los que se firman dichos acuerdos. Derivado de lo anterior, la pregunta obligada es si China no es tan “competitiva” como Occidente, ni brinda las mejores facilidades al comercio exterior como Occidente; ni tiene tantos TLCs firmado como Occidente; peor aún, si es el alumno al que más se le llama la atención por parte de la OMC por infringir las reglas del comercio internacional (en los últimos 15 años se iniciaron contra China más de 825 casos de investigación en materia dumping, siendo el país más denunciado OMC, 2011), ¿porqué su comercio ha avasallado a Occidente por más de 30 años?. La respuesta la conoce Occidente muy bien y sabe que tanto en el éxito de China, como ahora de la región de Asia del este y antes Japón, Occidente ha sido “socio” de una deslocalización industrial de Europa y Estados Unidos hacia Asia del este, en una estrategia que ha sido liderada principalmente por una exacerbación del lucro (low cost) a costa de los salarios y la seguridad social de los trabajadores asiáticos y ahora del mundo entero. La desindustrialización occidental y la industrialización de Asia del este son fenómenos “espejo”, que no se han producido con base a la competitividad o a la innovación. Por lo menos hasta la fecha, su razón fundamental ha sido el traspaso tecnológico, financiero e industrial que se produjo desde la segunda mitad del siglo xx y perdura hasta nuestros días, en el cual todavía a 2006, las empresas de capital extranjero norteamericano en China representaban el 26% y las europeas el 18%; con una inversión extranjera (IED) del 13% entre E.U y la U.E. (CEPAL, 2012).

Hoy la realidad se ha transformado y la astucia, el talento y la capacidad de trabajo asiático ha llevado a la más grande maquiladora del mundo a ser la mayor fábrica del mundo; una transformación con la que no contaba Occidente y que se le ha salido del libreto, por eso no sabe qué hacer con ella. Si la apuesta de Estados Unidos para revertir esta realidad es el Acuerdo de Asociación Transpacífico, es como querer matar un dragón con una resortera.

Una de las razones principales del problema económico entre Estados Unidos y China, entre Occidente y Asia del este, es estructural y su solución pasa en primer término por una nivelación del piso normativo que “rige” el intercambio comercial del mundo, el cual no puede seguir siendo una simulación para unos (una mayoría importante de los países de Occidente y Asia del este) y una camisa de fuerza para otros (dentro de los que se encuentran México y una buena parte de los países latinoamericanos). La grosera diferenciación comercial que priva en el tema agrícola por parte de Occidente no puede sostenerse más; y la violación reiterada de la normativa OMC de parte de China y Asia del este tampoco debiera continuarse. Pretender ampliar sus privilegios en materia de servicios (alta tecnología, industria farmacéutica, patentes; marcas, etc.) por parte de E.U., a través del

TPP, es una falta de sensibilidad y sentido de futuro hacia el logro de un intercambio comercial más armonioso y justo en el siglo XXI. Mientras E.U., junto con Europa, sigan sin encauzar una propuesta de fondo que recomponga estas desviaciones estructurales del comercio internacional China y Asia del este seguirán poniendo oídos sordos a un llamado que por nacer viciado, sienten que no los obliga y por el contrario, justifica su actuación “pragmática” de desplegar la estrategia económica del “gato”, en la que según el proverbio chino no importa si es blanco o negro, (socialista o capitalista) lo que importa es que cace ratones.

Por otro lado, como se comentó, E.U siempre ha tenido intereses en la región de Asia del este y a pesar de sus grandes fallos, su presencia en la zona desde la segunda parte del siglo XX ha sido hegemónica ante las grandes debilidades sociales y económicas de China, India y Rusia y su arreglo político con Japón. Sin embargo, ante el resurgimiento económico de la región y el notable éxito de China, los países de la zona se han puesto nerviosos y hoy se debaten en tratar de vislumbrar que país tiene más futuro y en quién van a depositar las fichas de sus lealtades e intereses. ¿Es a través del TPP que E.U. intenta colocar un caballo de Troya en la región, a fin de disminuir el ascendente poder de China?; ó ¿verdadamente cree que por medio de esta oferta desfasada de libre comercio puede construir una bisagra entre regiones o ganarse la simpatía y la alianza de las economías de la región y mantener su papel hegemónico?. Por lo pronto Oksenberg comenta “A los líderes asiáticos les preocupa que el equilibrio de poder pueda cambiar a favor de China, pero en una inquieta anticipación del futuro, no quieren enfrentarse a Pekín ahora” y “No se unirán a los Estados Unidos en una cruzada antichina” (Huntington P., 2001, pág. 282).

En 1993, en un mundo todavía prechino y en el marco del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), el presidente Clinton declaraba que había llegado el momento para que los E.U. y Japón crearan una nueva comunidad del Pacífico. A cuatro años del fin de la historia (1989-1993) y en un mundo aún de certezas, E.U estimaba que la región de Asia del este podía seguir administrándose con la ayuda de la potencia económica regional del momento, Japón; y a través de una propuesta de integración económica que en 1989 había puesto a andar junto con Australia (APEC). La propuesta de cooperación para convertirse en una amplia zona de libre comercio compuesta por 21 países, de los cuales 16 correspondían a la zona de Asia del Este, era una apuesta de amplio aliento que cubría alrededor del 90% de los países de la zona y se encaminaba a comprometer a las partes con la normativa internacional vigente. Después de más de 20 años, la visión de una APEC exitosa comandada por E.U. se ha ido diluyendo años tras año ante el 10% de incremento anual promedio del PIB chino; el cual no facilitó las cosas para la institucionalización de una figura geocomercial comandada por E.U. .

Mientras tanto, China caminaba lentamente hacia una integración OMC en 2001, navegando con los mayores privilegios en el mercado internacional con la cláusula de la Nación más Favorecida. En ese entonces China no necesitaba una APEC y Estados Unidos no invirtió el capital político suficiente para que esto ocurriera. Nuevamente la falta de atención de E.U. por la zona y su reiterada equivocación en identificar la naturaleza y los intereses chinos, desembocaron a la fecha en esquemas informales de APEC que mucho comunican y poco comprometen a sus integrantes. Ante este fracaso de no avanzar en la institucionalización normativa de APEC; con un nuevo presidente norteamericano, Obama, y veinte años después (1989-2009), Estados Unidos cambia su centro “estratégico” de negociación en Asia del este de una ambiciosa propuesta APEC, por una “modesta” propuesta TPP, que cubre aproximadamente el 35% de los países de Asia del este (7), y que en cuanto a su valor asiático es muy inferior a APEC.

Tabla 2
APEC- TPP (Valores Asiáticos, 2011)
Cuadro comparativo

	APEC	TPP
Países Asiáticos*	16	7
Población (millones de personas)	2,243	280
PIB (billones de dlls)	20	8.0
Comercio total (billones dlls)	11	3.6

¿Del tamaño del TPP es ahora el posicionamiento norteamericano?, ¿no le alcanza para más su deslavado poder político?, ¿o es que solo a través de siete países del área podría E.U maniobrar su estrategia frente a China?

En cuanto a los países asiáticos del TPP con mayor valor económico, fuera de Australia y Japón, que son Malasia (287 mil millones de dlls) y Singapur (239 mil millones de dlls); el primero cuenta con un 25% de población de origen chino y el segundo con un 76%, lo cual de salida les da una orientación motivada por el origen y la historia. Respecto a Malasia, China en 2010 fue su segundo socio comercial con el 29% de sus exportaciones y el 15% de sus importaciones. Para Singapur por

su lado, fue su tercer socio comercial (10%); aunque Hong Kong resultó el segundo con el 12%, para un total del 22%. En lo que respecta a Vietnam, que es el país asiático más incómodo para China por su conflicto militar de 1979; si bien en materia de exportaciones E.U sigue siendo su principal destino (20%), en lo que toca a importaciones China ya ocupa el primer lugar con el 30%. Brunei, el país más pequeño de las seis naciones asiáticas TPP, cuenta con apenas medio millón de habitantes y un comercio de once mil millones de dls. (World Bank, Comtrade, World Factbook, 2011) y está totalmente orientado a China. Finalmente, en lo que corresponde a los dos países asiáticos de origen occidental, Australia y Nueva Zelanda, la geopolítica de siglo XXI los ha dejado encapsulados en un limbo en el que su comercio y su economía están siendo determinados por la región de Asia del este (en lo que corresponde a Australia, sus exportaciones en 2009 se dirigieron a China (25%), Japón (19%), Corea (9%), E.U. (4%); y sus importaciones China (19%), E.U. (11%), Japón (9%), Tailandia (5%), etc.), y ya desde 2002, cuando Estados Unidos le pidió su apoyo a Australia en su litigio con China por Taiwán, el Primer Ministro Malcolm Fraser defendió la neutralidad del país a pesar de la firma del Tratado de Defensa que tienen firmado con E.U. (Shambaugh, 2005, pág. 321).

Pretender como parece, enfrentar o detener el auge económico chino a través de un acuerdo como el TPP, es olvidar a Kissinger cuando dice que “No es probable que triunfe un proyecto explícito de Estados Unidos con el objetivo de organizar Asia sobre la base de frenar a China o crear un bloque de estados democráticos para una campaña ideológica, y en parte es porque China se ha convertido en un socio comercial indispensable para la mayoría de sus vecinos”. (Kissinger, 2012, pág. 539)

A la propuesta TPP no ha sido invitado China, pero no cabe duda que China ya está dentro de él demográficamente, históricamente, económicamente y comercialmente. Más aún, a través de una gran campaña de promoción geopolítica que China ha desplegado con la mayoría de los países de Asia del este a través de becas de estudiantes, prestamos, y el importante poder de sus nuevas importaciones, el país asiático está reconstruyendo apresuradamente el sinocentrismo que privaba antes del siglo XIX.

VI. Conclusiones

El TPP es una propuesta que rebasa las fronteras de un tratado de libre comercio, y se inserta de manera directa dentro de una pugna de regiones (Atlántico-Pacífico) y de civilizaciones (Occidente – Asia del este), las cuales lo estarán determinando a lo largo de la primera mitad del siglo XXI.

La confrontación de E.U con China, en el terreno económico, arranca tarde y una larga cadena de acciones y omisiones hoy colocan a la nueva potencia asiática al nivel de E.U.; donde ya no importa si el PIB chino rebasara el PIB norteamericano antes del 2020 o no; ya que es un hecho que la transformación más importante de China ha quedado concluida; que ha pasado de ser un país maquilador a un país transformador con motor propio y los demás actores tendrán que rehacer sus estrategias para administrar una nueva realidad para la que nadie se preparó, salvo China. Por ello la propuesta del TPP, que sigue la ruta hegemónica de la segunda mitad del siglo XX, sin mayor “imaginación” que pretender en lo comercial perpetuar los intereses en el sector de servicios de las empresas norteamericanas, no le va alcanzar a E.U para integrar solidariamente a siete naciones asiáticas que por historia, origen, geografía o interés, lo menos que quieren es tener una confrontación con China. “La experiencia histórica demuestra sin lugar a dudas que, --señala Huntington-- en los años noventa, cada país del este asiático tenía ya la sensación de que, en cuestiones relativas al conjunto del Pacífico, tenía mucho más en común con otros países de su misma región que con Estados Unidos” (Huntington P., 2001, págs. 272-273).

En el terreno comercial de nada servirá la firma de un TLC Transpacífico sino se nivela el terreno de la competencia para todos los participantes. En el marco de esta inequidad comercial practicada por Occidente en el sector agrícola y de servicios y Asia del este en el mercado de bienes (en la que México y América Latina quedan en medio) a Estados Unidos y a Europa les ha tocado la peor parte, por lo menos en las últimas tres décadas, en las cuales se reconstruyó la economía asiática y se debilitó la economía de Occidente. Por ello, repetir las viejas recetas para nuevos problemas solo es continuar en una ruta que sigue el destino del proverbio chino que señala que “si seguimos por el camino por donde vamos, seguramente llegaremos a donde nos dirigimos”; el cual es el predominio del sino-centrismo en el mundo económico y geopolítico; respecto de lo cual lo único reclamable es que en su camino al desarrollo no se esté cumpliendo con los compromisos multilaterales establecidos, o se pase sobre los intereses comerciales de otros países; como desde luego también lo ha hecho Occidente los últimos 500 años.

Los países americanos como México, Chile, Perú y en menor medida Canadá, que con tanto “entusiasmo” han tomado la invitación a esta aventura comercial por el Pacífico, sería conveniente que revisaran la letra pequeña de un compromiso que se niega a recomponer las “prerrogativas comerciales” que tanto Occidente como Asia del este han venido ejerciendo los últimos años y que por el contrario, los deja en medio de una confrontación geopolítica en la que expresa o tácitamente estarían tomando partido. De no cambiar-

se estos puntos de arranque, la negociación para los países de América latina acabará en el tiempo con más saldos negativos que positivos.

México, del “entusiasmo” por participar en el TPP, el cual se asemeja mucho a su “ilusión comercial” de 1994; podría revisar con un poco más de profundidad y experiencia las oportunidades geopolíticas, económicas y comerciales que pueden desprenderse para el país de dicho compromiso, a fin de generar una estrategia integral que dé como saldo mas dividendos que perjuicios. A la luz de no pocos estudios empíricos (Clyde Preztowitz, 2013) la sola ecuación comercial prevé para México mas resultados negativos que positivos de su estrategia con Asia. Buscar el encuentro con el TPP sin negociar ventajosamente su compromiso geopolítico con E.U; firmar el TPP quedándose fuera del TLC de Estados Unidos con Europa; novar el TLCAN a través del TPP a cambio de nada; arribar a un encuentro comercial con Asia del este armado únicamente con su insuficiente estructura económica ortodoxa, la cual los últimos diez años ha dejado una clara huella de su inferioridad con la heterodoxia asiática; no será, en el tiempo, más que la crónica de un encuentro comercial insuficiente previamente anunciado.

Para E.U. todavía hay espacio para recomponer su estrategia integral en Asia del este. Los problemas de futuro económico y de sensibilidades históricas con la región no le pertenecen de manera exclusiva. China también tiene en el tiempo el reto de validar el éxito económico de lo que ha logrado hasta hoy; y las preocupaciones en la zona sobre su nuevo papel hegemónico estarán a flor de piel por lo menos con India, Rusia, Japón, Vietnam, etc., con los cuales en el pasado ya ha tenido problemas bélicos. Dentro de la posible recomposición de la estrategia norteamericana podría revisarse si las fichas que tiene le alcanzan para sostener una confrontación directa con China a través del TPP; o en un plano más objetivo, pondera la posible invitación a China para que participe en dicho tratado, la cual ya ha manifestado su interés de ser parte del TPP. Una normativa comercial más justa; un cumplimiento más comprometido de China (Asia del este) y Estados Unidos (Occidente) con la regulación del intercambio mundial de bienes y servicios, sería una buena noticia para un mundo económico que estará luchando por su reacomodo y sobrevivencia a lo largo del siglo XXI.

VII. Bibliografía

- Allman, R. (2013). *Caída y Ascenso de Occidente*. Foreign Affairs Latinoamerica.
Anguiano Roch, E., & Pipitone, U. (2012). *China de los Xia a la Republica Popular*. México: CIDE.

- Bush, R. C. (2007). *A war like no other (The truth about Chinas Challenge to America)*. Wiley.
- Cardenal Juan Pablo, A. H. (2012). *La silenciosa conquista China*. México: Critica.
- Fairbank King, J. (1996). *China una nueva historia*. Chile: Andrés Bello.
- Ferguson, N. (2012). *Civilización: Occidente y el resto*. México: Debate.
- Frieden, J. A. (2007). *Capitalismo Global*. Barcelona: Memoria Critica.
- Gluksmann, A. (2004). *Occidente contra Occidente*. México: Taurus.
- Haro Navejas, F., & Zavala Roman, A. (2012). *Diez Naciones en busca de liderazgo*. México: UAM.
- Hobsbawm, E. (2006). *Guerra y Paz en el siglo XXI*. Barcelona: Memoria Critica.
- Huntington P., S. (2001). *El Choque de Civilizaciones*. México: Paidós Estado y Sociedad.
- Kennedy, P. (1994). *Auge y Caida de las grandes potencias*. Barcelona: Plaza and Janes.
- _____ (1993). *Hacia el siglo XXI*. Barcelona: Plaza and Janes.
- Kissinger, H. (2012). *China*. México: Debate.
- MacLennan Crespo, J. (2012). *Imperios, Auge y declive de Europa en el mundo*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Madelbaum, J., & Harber, D. (2005). *China, la trampa de la globalización*. España: Urbano Tendencias.
- Mahbubani, K. (2002). *¿Pueden Pensar los asiáticos?* México: Siglo XXI.
- Marsh, P. (2012). *The New Industrial Revolution*. London. Yale University Press Publications.
- Mishra, P. (2012). *From the ruins of empire: the intellectuals who remade Asia*. New York: Farmar, Straus and Giroux.
- Morison Eliot, S., Commager Steele, H., & Leuchtenburg E., W. (1993). *Breve historia de los Estados Unidos*. México: FCE.
- Napoleoni, L. (2011). *Maonomics*. New York: Seven Stories Press.
- Odded, S. (2005). *The Chinese Century*. Wharton School Publishing.
- Ontiveros, E., & Guillen F., M. (2012). *Una nueva Época: Los grandes retos del siglo XXI*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Oropeza Garcia, A. (2010). *América del Norte en el siglo XXI*. México: IJJ, UNAM.
- _____ (2013). *México frente a la Tercera Revolución Industrial: Como relanzar el proyecto industrial de México en el siglo XXI*. México: IJJ, UNAM.
- _____ (2008). *México-China: Culturas y Sistemas Jurídicos Comparados*. México: IJJ, UNAM.
- _____ (2011). *BRICS: El difícil camino entre el escepticismo y el asombro*. México: IJJ, UNAM.
- _____ (2005). *China entre el reto y la oportunidad*. México: IJJ, UNAM.

- Panitchpakdi Supachai y Clifford, M. L. (2002). *China and WTO*. Singapore: John Wiley & Sons (Asia).
- Rifkin, J. (2011). *La Tercera Revolución Industrial*. Barcelona: Paidós.
- Rosales, O., & Kuyuwama, M. (2012). *China y América Latina y el Caribe*. Chile: CEPAL.
- Sachs, J. (2012). *The Price of civilization*. Gran Bretaña: Vintage.
- Shambaugh, D. (2005). *Power Shift*. California: Universidad de Berkeley.
- Shumman, m. H. (2005). *La trampa de la globalización*. México: Taurus.
- Zinn, H. (2003). *A people's History of the United States*. New York: Perennial Classics.